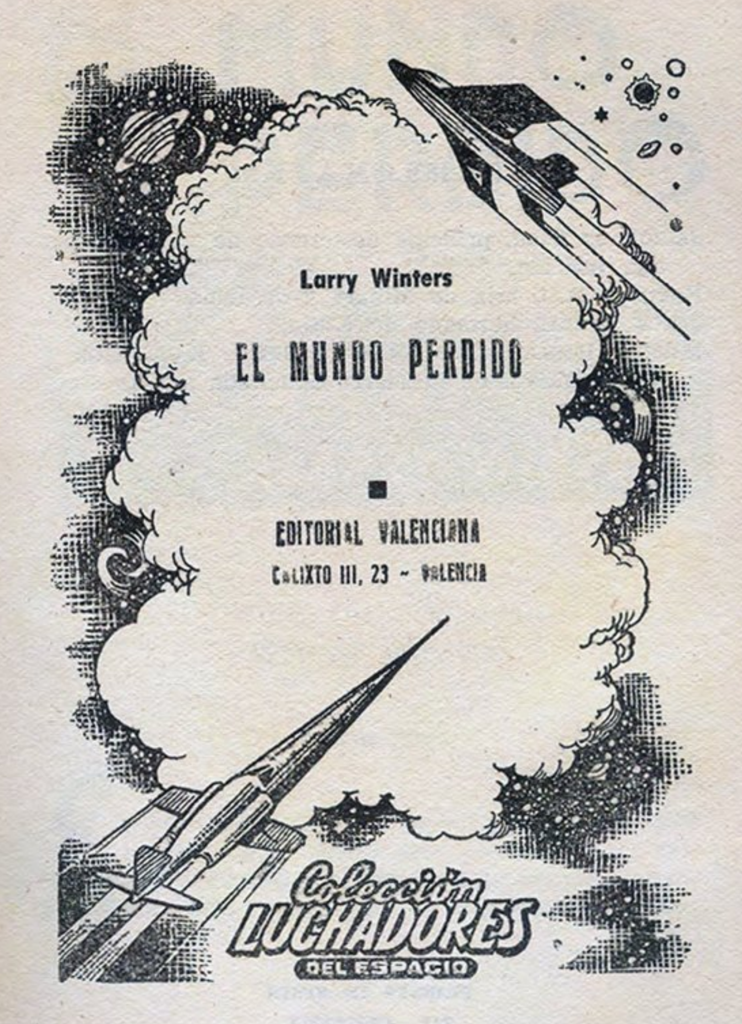

El mundo perdido.
LARRY WINTERS.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



Larry Winters

EL MUNDO PERDIDO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PERSONAJES

Jairon de Saar, príncipe desterrado de su trono por una traición.
Katia Barlai, hija de Mihaly y de Lena.
Janos Barlai, hermano de Katia.
Mihaly Barlai, Lena, Rosen, Liebig, Kale, Gor y Noa, fugitivos de la Tierra dominada por los seres de Roni.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPÍTULO PRIMERO
Veinte años

Girando las manecillas en sentido inverso, solo en la amplia cúpula del observatorio, el muchacho hizo retroceder el tubo del telescopio electrónico hasta enfocar nuevamente lo que de un modo mecánico dejara atrás en su rutinaria y cotidiana inspección del espacio... y hubo un gesto de estupor en su rostro juvenil cuando, inclinado sobre la pantalla del visor, contempló reflejada allí la imagen brillante de un astro perdido aún en la inmensa lejanía. Atónito, entreabrió los labios temblorosos murmurando con pasmo creciente:

-¡No... no puede ser!... ¡Resulta demasiado hermoso para creerlo!

La contemplación de aquel fantástico punto brillante había creado en su voz un tono de angustia y esperanza, temor instintivo de que la imagen pudiera desvanecerse y deseo ferviente de que fuese aquél el ansiado vislumbre de esperanza, el atisbo ilusionado que viniese a levantar la existencia desesperada y trágica de unos seres de diversa condición, convertidos en auténticos náufragos del espacio y condenados a la más

espantosa de las muertes tras un plazo de tiempo que nadie se atrevió nunca a calcular.

-¡Es un milagro! -sollozó casi el muchacho.

Había rogado ferviente pidiendo una señal de posible redención, una certeza de salvación definitiva... y espoleado por el acicate de sus nervios desatados dio una última ojeada a la pantalla, leyendo en voz alta las cifras de marcación que le señalaba el limbo graduado del telescopio.

-Cuarenta -cuarenta y tres- catorce...

Girando hacia una mesilla contigua, el muchacho consumió febrilmente el tiempo consultando unas tablas y efectuando unos cálculos, auxiliado por un medidor automático de ángulos... repasó cuidadoso los datos, y al convencerse de la realidad tangible de aquello que creyera un espejismo falaz, no pudo reprimir sus voces alegres, excitado, riente, ansioso por participar a sus compañeros de odisea la buena nueva del descubrimiento.

-¡Padre!... ¡Katia!... ¡Gor!... -chilló mientras descendía raudo los peldaños de la escalerilla-. ¡Oídme!... ¡Venid, venid todos al observatorio!

Sus pisadas impacientes resonaron sobre las planchas metálicas del pasillo mientras continuaba sus apremiantes llamadas:

-¡Acudid de prisa!... ¡Ven tú también, tío Liebig, descreído impenitente, y convéncete por ti mismo de la realidad de mis pronósticos!

Penetró como una tromba en la espaciosa cámara en donde habitualmente se reunían los tripulantes de aquella aeronave, y se detuvo jadeante, oprimidos sus pulmones por la pesadez de una atmósfera pobre en oxígeno. Fantasmales y desdibujados entre la penumbra reinante, apáticos, resignados y vencidos de antemano, hombres y mujeres de diversa edad y naturaleza alzaron hacia él sus rostros inexpresivos, encerrando su muda pregunta en las palabras de uno solo entre ellos.

-¿Qué te ocurre, Janos?... Malgastas el oxígeno con tus gritos y...

-¡Lo he encontrado, padre! -le interrumpió entrecortadamente el muchacho-. ¡Está allí, prisionero en la pantalla del telescopio, mostrándose ante nuestros ojos, diminuto pero magnífico, como una joya engarzada en la noche!... ¡Es un astro que se interpone en nuestro camino, señalando el fin de un viaje hacia la muerte!... ¡Nos hemos salvado!... ¿Es que no lo comprendéis aún? -insistió, al darse cuenta de que todas sus palabras no parecían haber encontrado eco en el ánimo de sus oyentes.

-Ya ocurrió otras veces, muchacho -dijo desde el grupo la voz indiferente de un hombre- y siempre resultaron fallidas nuestras esperanzas. ¿Cuál es, en esta ocasión, nuestra demora con respecto a ese pretendido astro salvador?

-Te equivocas, tío Liebig -contrapuso vivamente Janos-. Verifiqué concienzudamente los datos y estoy seguro de no haber cometido error al calcular nuestra desviación máxima. Puedo responderte con exactitud y

certeza.

-¿Y bien? -insistió aquél con el mismo tono de voz.

-Demora, inferior a 0,8 -anunció el joven con aire triunfal-. Distancia aproximada, 850.000 kilómetros; demora efectiva sobre campo gravitatorio, inferior a 0,5; plazo hasta la penetración en su zona de atracción, dentro de 34 días y algunas horas, calculando según nuestra actual velocidad de fuga.

Habló de prisa, como queriendo inculcarles lo más pronto posible aquellas noticias... y entonces sí, entonces se irguieron las cabezas ponderando la respuesta, escuchándola como música maravillosa, como himno de salutación a la esperanza de vida que se acercaba hacia ellos. Predominando entre los sollozos contenidos de las mujeres se alzó la voz de aquél a quien Janos llamara padre.

-Demora efectiva inferior a 0,5 -repitió-. ¿Has comprendido, Liebig?

-Sí, Mihaly Barlai -repuso aquél con emoción- y mentiría si no dijese que había pedido a Dios un milagro como este.

-Seremos atraídos por su campo gravitatorio, padre -dijo Janos Barlai-. Vamos casi directos a rumbo de colisión con ese astro.

Hizo eco a sus palabras un murmullo de voces excitadas. Lena, Katia, Gor, Noa, Rosen, Liebig, Mihaly... terrestres y ronianos, todos se cerraban en círculo sobre el muchacho.

-¿Y cómo es ese astro? -preguntó uno.

-Confieso que no lo sé -contestó sonriendo el muchacho-. En mi apresuramiento por comunicaros la noticia no me detuve a estudiar sus características.

-Pues vamos al observatorio -ordenó Mihaly Barlai-. Contemplemos ese nuevo mundo que puede significar nuestra salvación... o anticipar nuestra muerte.

Después de muchos años renacía la actividad entre las paredes metálicas de la aeronave errante. En apretado grupo avanzaron todos hacia el observatorio, olvidándose de las penalidades sufridas, del tiempo eternamente largo que vieron deslizarse por su lado, del terror ante la certeza de su desgracia. Ante la pantalla del visor se reprodujeron los gritos de alborozo y las lágrimas de las mujeres.

-Desperdiciemos un poco de nuestra preciosa energía eléctrica, Janos -pidió Rosen-. Conecta el dispositivo de proximidad y anticípanos algo de ese astro desconocido.

Obedeció el muchacho, y accionando un conmutador quedó iluminado un recuadro que semejó llenarse con la imagen apretada y rojiza de unas montañas surcadas por amplias vetas negras y azules. Janos fue dando la vuelta al disco de control, y a manera de fantásticas diapositivas coloreadas se fueron sucediendo las imágenes, permitiéndoles la contemplación de

mares verdeazules, de extensas llanuras amarillentas y amplias zonas de un verde pálido, veladas casi siempre por la capa blanquecina de las nubes.

-Hay trabajo para todos -anunció Liebig con su vozarrón potente-. Necesitamos conocer cuanto antes las características de ese mundo, sus datos climatológicos, físicos y químicos, estudiar sus posibilidades de habitabilidad y permanencia de vida, período de formación y edad geológica... Y lo quiero saber pronto -terminó enérgico.

Le obedecieron al momento. Tornó a apagarse la pantalla, abandonaron los demás el observatorio y ante la pantalla del visor telescópico quedó solamente Mihaly Barlai contemplando ensimismado la imagen brillante del astro nuevo.

-Veinte años -murmuró-. Veinte años para llegar hasta aquí, viejos unos y llenos de vida otros; vencidos los que fueron fugitivos y triunfantes los que nacieron a bordo de esta nave maldita; aniquilados moral y físicamente, los primeros y llenos de proyectos y esperanzas los segundos.

Movió dubitativamente la cabeza añadiendo:

-¿Valía la pena haber abandonado la Tierra para arrastrar a nuestros descendientes a esta existencia azarosa?

Contemplándose a sí mismo se veía viejo y cansado. El tiempo había marcado en él la huella de su despiadado paso, y ya no era el Mihaly Barlai que supo vencer el poderío de los seres de Roni, escapándose de su dominio a bordo de una aeronave robada. De los que entonces le acompañaron había que decir lo mismo, pero en estos momentos, a Mihaly le placía recordar una vez mas los instantes temerosos y trágicos de su remota fuga aunque sólo fuera por compararlos con la actual situación en que gracias a la mano del destino veían alzarse ante ellos la imagen de un mundo redentor.

-Veinte años -tornó a repetir-. Veinte años navegando a través del espacio desde el momento en que...

El hecho de que aquella aeronave surcase el éter llevando a bordo un heterogéneo grupo de personas obedecía a causas muy remotas. Todo empezó cuando Mihaly Barlai volvió a la vida en el año 4951 de la era cristiana. Cuando un hombre del siglo XX se vio trasplantado a una época que no era la suya mediante el juego científico de un viejo sabio de quien fuera ayudante y que allá por el año 1948, en la zona británica de la destrozada Alemania de postguerra, personificó sobre él un mito tan infantil y antiguo cual era el de la «Bella Durmiente». Increíble pero cierto, bajo los efectos de un poderoso anestésico y la artificiosa creación de un clima de relatividad de tiempo en el espacio, Mihaly Barlai había dormido durante tres mil años para despertar en una Tierra esclavizada, decadente y subyugada por la férrea mano de sus conquistadores.

Representante de un pasado más esplendoroso que aquel presente,

Mihaly se había enfrentado con una humanidad depauperada, miserable y resignada, que gemía bajo el dominio de los seres de Roni, venidos de allende el espacio y asentados sobre la Tierra como auténticos soberanos, como dueños de vidas y voluntades y como muestra viva de una existencia en donde sólo imperaban la fuerza y la crueldad.

Un golpe audaz y la ayuda de Dios permitieron que un reducido grupo aprovechase el resquicio favorable de la más insignificante probabilidad de fuga. Mihaly, el viejo Kale y su hija Lena, Liebig y Rosen, dos trabajadores-esclavos de un establecimiento radioactivo, el gobernador Gor y su hija Noa -ronianos estos últimos- se vieron encerrados en una aeronave, lanzados al espacio y contemplando a la Tierra que semejaba hundirse velozmente en una sima sin fondo, disminuyendo de tamaño a ojos vistas mientras los celajes algodonosos de las nubes comenzaban a cerrar sobre ella su envoltura y, arrebujado en el manto invisible de su atmósfera, el planeta iba encendiéndose en brillantes reflejos que eran como los centelleos finales de un mensaje de adiós.

-¿Te acuerdas, Mihaly? -preguntó una voz, causando en el hombre un sobresalto.

Era Rosen, penetrando también en el observatorio para contemplar una vez más aquella imagen.

-Los viejos de ahora hemos vuelto a convertirnos en los jóvenes de entonces -añadió-. Creo que el tiempo se ha detenido y que vivimos todavía el instante en que teníamos sobre nuestras cabezas la noche eterna del espacio, salpicada por millones de puntos luminosos entre los cuales pasábamos desapercibidos, el instante en que elegíamos al azar entre las miríadas de senderos que formaban las rutas del éter.

-Éramos entonces tres grupos -murmuró Mihaly-. Terrestres, ronianos... y máquinas vivas.

No mentía Mihaly, A bordo de aquella nave convivieron durante todo el tiempo tres naturalezas heterogéneas y dispares. Rosen, Kale, Lena, Liebig y el mismo Mihaly representaban a los terrestres; Gor y Noa eran ronianos... y después venían los cuatro «robots», los muñecos creados por el falso dios de la técnica y la ciencia, capaces de desarrollar cualquier actividad humana, pero sujetos a un control externo que los hacía obedientes y sumisos[1]. Todos con el mismo destino -salvación o muerte- suspendido sobre sus cabezas, emprendieron la ruta incierta...

-Y tan sólo Gor no correspondió a nuestros propósitos -rememoró Rosen.

El ex-gobernador roniano no pudo someterse jamás a su nueva condición de cautivo e intentó por todos los medios mantener su posición de supremacía, aprovechando que sólo él entre todos conocía la clave que ponía en movimiento a los «robots».

-Unos momentos difíciles aquellos, Rosen -decía Mihaly-. Fue preciso el convencimiento amargo de que tampoco los suyos estaban dispuestos a readmitirle.

Aconteció aquello durante el breve preludio de combate que siguió a su salida de la Tierra. Naves ronianas destacadas en su búsqueda desde su base de la Luna interfirieron su ruta enviándoles un mensaje conminatorio. Gor intentó hacerles ver que tenía dominada la situación a bordo de la aeronave fugitiva; su rostro mofletudo gesticuló ante la pantalla del televisor, pero el tono amarillento de su piel se tornó en ceniciento cuando la respuesta postrera de sus compatriotas consistió en un proyectil dirigido.

A partir de entonces se inició el viaje hacia la eternidad que llevaban los fugitivos. El proyectil alcanzó las partes vitales de la aeronave, destrozando sus medios de propulsión y convirtiéndola en un cuerpo muerto que siguió su ruta a impulsos de la velocidad adquirida. Sólo un milagro impidió que se consumase la destrucción total del vehículo sidéreo y su mitad habitable, con sus tripulantes dentro, se convirtió en un aerolito condenado a vagar siguiendo una ruta fija.

-Entonces nos hicimos viejos -continuó Mihaly- a fuerza de convertirnos en sabios.

Vieron mermadas sus posibilidades de sobrevivir, limitadas en grado sumo sus reservas respirables y alimenticias... pero la desgracia les engrandeció obligándoles a luchar contra lo irremediable. De entre todos ellos, sólo Mihaly obtuvo en otra época el título de ingeniero, pero a bordo tenían caudales inagotables de recursos modernísimos, poderosos medios de defensa y desconocidas fuentes de energía. Se aplicaron al estudio y a la investigación, guiados por el mismo hombre que hasta entonces les negara su concurso: Gor. Y alentados por los éxitos conseguidos llegaron a crear la ilusión de que en breve plazo podrían obtener su salvación definitiva, aunque esa esperanza no llegara a producirse jamás.

Por su lado se deslizó el tiempo, monótono e implacable, llevando a sus ánimos el convencimiento de su trágico e irremediable final. Se dieron cuenta poco a poco de que sus vidas estaban supeditadas a la disponibilidad de oxígeno y alimentos, que todavía durarían largamente antes de agotarse por completo.

-Recuerdo todavía el instante en que a bordo nació un nuevo ser -musitó Mihaly-. Casi lo lamentaba pensando en las escasas posibilidades que tenía de subsistir, y hasta el mismo Gor nos reprochó a todos aquel nuevo consumo de oxígeno.

Mihaly y Lena se unieron a bordo de la nave, en una ceremonia sencilla y triste. Dos hijos -Janos y Katia- vinieron a incrementar aquella extensa familia y dos años después, tras la muerte de Gor, eran Rosen y Noa los que también se unían dando como fruto un niño -también llamado Gor- en

el cual se mezclaban las características raciales terrestre y roniana.

-Les hemos visto crecer, Mihaly, y con el transcurso del tiempo se han hecho hombres constituyendo la raza del mañana.

-La generación de los sabios, amigo -repuso sonriente Mihaly-. Los hombres nuevos que han sobrepasado en saber a sus preceptores de antaño. Han triunfado donde nosotros fuimos derrotados, y esta vez tienen ante ellos su mejor oportunidad con la visión del nuevo astro que viene a nuestro encuentro. Tal vez ellos consigan llevar a la práctica nuestros viejos planes de reconquista de la Tierra, o acaso sea demasiado tarde cuando se dispongan a intentarlo.

-Han transcurrido veinte años desde entonces -dijo pensativo Rosen-. ¿Crees que los seres de Roni continuarán aposentados en la Tierra?

-No lo sé, Rosen -le contestó Mihaly- pero se me ocurre pensar si quedarán todavía terrestres que puedan salir a nuestro encuentro cuando volvamos... si es que vivimos para verlo.

-¿Quién habla de vivir? -preguntó la potente voz de Liebig, el tío Liebig como habitualmente le llamaban los muchachos-. Tengo aquí el resumen de las investigaciones, y tu hijo Janos está completando las suyas acerca de las características físicas y químicas de ese planeta. Nos encontramos ante un mundo de carbono, un astro de atmósfera respirable aunque de menor concentración de oxígeno que la terrestre. Particularmente opino que esto no resulta gran inconveniente, dado que estamos habituados a la privación relativa de oxígeno durante el tiempo que llevamos encerrados en esta nave.

-Continúa, Liebig -animó Mihaly dándose cuenta de la excitación que animaba a aquel hombre.

-La vida es posible en ese astro; tal vez nos encontremos con ella al desembarcar... pero también es probable que tengamos que luchar con sus condiciones. Se trata de un mundo en avanzado período de formación, pero sujeto aún a convulsiones internas y sometido a cambios en su estructura. Posiblemente la fauna y la flora estén a tenor de estas condiciones y nos resulten prácticamente inaprovechables. En cuanto a sus condiciones climatológicas, hay que esperar bruscos cambios y frecuentes fenómenos de gran intensidad.

-Hay una cosa que me preocupa, Liebig -interrumpió Mihaly- y es de qué forma y dónde entraremos en contacto con ese astro, dado que vamos en una aeronave sin medios propulsores y sin dispositivos de gobierno.

-Tenemos treinta y cuatro días y algunas horas para buscar la solución -contestó ansiosamente Liebig- ¡y por mi vida que habrá de encontrarse!

Janos Barlai penetró en el observatorio llevando en las manos unas hojas escritas,

-He terminado mis investigaciones -dijo- y tengo aquí la lista de los

minerales que encontraremos en ese astro según los estudios espectrográficos.

Los cuatro hombres contemplaron de nuevo el brillante punto que desde la pantalla del visor les enviaba sus destellos.

-Así vimos la Tierra cuando huíamos de ella -dijo Mihaly- y de la misma forma nos recibe este nuevo planeta.

-Vamos a la cámara -pidió el muchacho-. Mamá, Katia y Noa están enzarzadas en una discusión acerca del nombre que hemos de dar a nuestra nueva patria, y bueno será que también demos nuestra opinión.

-¿Dónde está Gor? -preguntó Rosen.

-Haciendo un recuento de los medios ofensivos y defensivos con que contamos. Dice que no quiere desembarcar sin sentirse poderoso y seguro.

-Es una última reminiscencia roniana que no he podido borrar de mi propio hijo -murmuró Rosen cuando salían.

CAPÍTULO II
Aterrizaje

Bañado en brillante luz, el desconocido astro se presentaba a la vista de todos inmensamente grande e inminentemente cercano, haciendo innecesario el empleo del telescopio. «Nueva Tierra» -como finalmente decidieran llamarle- ejercía sobre la aeronave sus poderosas fuerzas de atracción sometiéndola a una torsión continuada que convertía poco a poco en circular el vuelo elíptico que venía describiendo desde su penetración nueve días antes en su campo gravitatorio.

Sin más datos que los de altitud y velocidad relativa, los náufragos del espacio calculaban su posición y el tiempo que mediaba hasta el desplome final, preparándose para el aterrizaje de fortuna que forzosamente habrían de hacer.

-Necesitamos efectuarlo sobre cualquiera de sus mares, no demasiado lejos de la costa ni tampoco tan cerca que corramos el riesgo de estrellarnos contra el fondo -había dicho Mihaly, tornando a asumir las funciones de jefe. .

-Trataré de afinar el cálculo del tiempo, padre, contando con la continua reducción de velocidad que venimos experimentando -le contestó Janos-. Pero no es eso lo que más me preocupa, sino el hecho de precipitarnos desde la altura con velocidad inicial nula, que se convertirá en uniformemente acelerada Temo, incluso, que lleguemos a rebasar la del sonido... y entonces tanto nos da zambullirnos en el mar como estrellarnos contra cualquier picacho, porque el resultado sería el mismo.

-Olvidáis todos que aún nos quedan numerosos riesgos que afrontar -terció Liebig- y que nuestra lucha contra la muerte está sólo en sus comienzos.

-Intentaremos sobreponernos a esos riesgos -concluyó Mihaly-. Vamos al trabajo para que en el momento final haya un mínimo de fallos.

Una redoblada actividad se apoderaba a la sazón de los distintos compartimientos de la aeronave, pero la atención de todos estaba centrada en la cúpula del observatorio, elegida como medio de salvación. Enclavado en la proa de la nave, el observatorio astronómico era una esfera perfecta y casi independiente de la contextura del casco, agarrada a él por un sistema de engranajes que le permitían girar sobre sí misma y alcanzar cualquier posición. Estaba construida con gruesas planchas de vidrio capaces de resistir grandes presiones, reforzadas interiormente por una rejilla metálica. Comunicaba con el interior de la aeronave mediante una doble puerta estanca y una escalerilla, quedando convertido en un elemento autónomo de extremada solidez y gran capacidad.

-Es casi otra aeronave, aunque sin medios de propulsión -lo definió

Rosen entusiasmado.

Gor y Liebig eran los encargados de cortar con sopletes eléctricos las planchas interiores que contenían el mecanismo de rotación, de forma que un pequeño impulso terminara de arrancarlas. Mihaly, Janos y el viejo Kale trataban de conseguir un aparato propulsor que frenase el descenso de la esfera acristalada y las mujeres, mientras tanto, subían y bajaban la escalerilla del observatorio, transportando todos los instrumentos que Rosen desmontaba implacable.

Materiales no les faltaban, y en los compartimientos salvados de la destrucción había utillaje y herramientas de precisión que, hábilmente manejadas, iban dando forma a los esbozos y diseños que Mihaly y Janos trazaran sobre el papel. Metódicamente fueron desmantelando el interior de cabinas y cámaras y...

-Éste es el plan -resumió Mihaly en uno de los breves descansos-. Metidos en el interior del observatorio y aislados herméticamente del resto de la aeronave, calcularemos el momento exacto para desprendernos de ella. Necesitamos reservar nuestras últimas provisiones de energía nuclear, y por ello me veo obligado a sacrificar la única pistola atómica que poseemos. Esta arma, debidamente empleada, disparará por control remoto una de sus cargas contra los casi aserrados montantes de la proa, liberándonos al iniciarse la caída. Cada uno de nosotros vestirá su escafandra de presión como defensa contra el impacto final, y estaremos rodeados por todo cuanto podamos necesitar una vez desembarcados. Aceptaré cuantas sugerencias se me hagan con respecto al equipo que debemos llevar, dando prioridad a las herramientas y útiles, aparte los víveres, siempre y cuando su peso total no rebase el límite de seguridad que Janos ha establecido.

-En efecto -corroboró el muchacho-. Conocemos el desplazamiento exacto del observatorio, pero no ha podido averiguarse la densidad de los mares de «Nueva Tierra»; así, pues, resulta necesario fijar un amplio margen que asegure la flotabilidad de nuestra esfera después de desprendida de la aeronave.

-Quiero el mínimo de peso y el máximo de eficiencia en cada cosa -remachó Mihaly.

-Supongo que en la suma total estará incluido el instrumental, los detectores y las reservas de energía -dijo Liebig.

-En efecto -asintió Mihaly-. He pensado emplear las últimas cargas de los «robots» utilizándolas en nuestro propulsor.

-Lamento disentir con vuestro parecer -saltó impetuoso Gor, que hasta entonces permaneciera callado, asintiendo con gesto de disgusto a la conversación-, pero insisto en que debemos llevarnos también los «robots», porque serán nuestro medio de defensa más seguro y eficiente en esa tierra

desconocida.

-Esos cuatro muñecos representan un despilfarro de más de tres toneladas de peso, muchacho -contrapuso Liebig.

-¡Pero yo me niego a desembarcar inerme y débil!... ¡No quiero desechar mi proyecto!

-Mi hijo tiene razón -corroboró Noa-. Controlados por nosotros, los soldados mecánicos constituirán nuestra fuerza más poderosa.

-Tened calma todos -pidió el viejo Kale alzando las manos-. Durante veinte años nos hemos sometido resignadamente a los mandatos del destino y aceptado sumisos nuestra suerte. No vamos a jugarnos ahora el porvenir sin sopesar detenidamente el pro y el contra de cada cosa.

Janos Barlai, ausente desde poco antes, regresó de la cámara de control interrumpiendo la escena al anunciar:

-He aquí los últimos datos de nuestros instrumentos: Nos movemos en torno a «Nueva Tierra» a una altitud de 12.000 metros y con una velocidad relativa de 8.125 kilómetros por hora. Describimos un círculo casi perfecto cada 28 horas, 14 minutos y 37 segundos; nuestra altura y velocidad se reducen en 750 metros y 12,527 kilómetros, respectivamente, por cada giro completo. Calculo la velocidad crítica de desplome en unos 5.000 kilómetros por hora. Tomando como unidad de medida el giro completo, dentro de catorce de ellos nos encontraremos a 1.500 metros de altura sobre la superficie de «Nueva Tierra»; para entonces, teóricamente, nuestra velocidad habrá quedado reducida a 7.774,344 kilómetros por hora, pero como las capas inferiores de la atmósfera son mucho más densas no es descabellado aceptar que esta velocidad sea mucho menor, alcanzándose incluso la cifra crítica. La resultante exacta del tiempo, siempre hablando teóricamente, es de 16 días, 11 horas, 24 minutos y 46 segundos para alcanzar ese momento, pero -sonrió- bueno será que nos preparemos para antes. Confieso que resulta extremadamente difícil hacer el cálculo exacto con el constante aumento en la densidad de la atmósfera.

* * *

En su implacable carrera contra el reloj, el momento tan ansiado y tan temido estaba ya próximo. Presurosamente, todos se afanaban por acondicionar dentro de la cúpula del observatorio los últimos útiles y los postreros paquetes y cajas antes de aislarse definitivamente del resto de la aeronave.

-Nos queda poco menos de un giro para alcanzar el punto crítico -anunció Janos Barlai.

-Estamos prontos para hacer frente a los acontecimientos... con la ayuda de Dios -le contestó el viejo Kale.

Mihaly hizo una última y minuciosa inspección; sólidamente sujetas a

las paredes mediante abrazaderas metálicas se alineaban las botellas conteniendo todas las reservas de oxígeno; esparcidas aquí y allá, fuertemente trincadas al piso o a la armazón interna, estaban las cajas de víveres concentrados, las herramientas, utensilios, el instrumental científico y la minúscula provisión de explosivos nucleares. Diametralmente opuesta a la trampilla de entrada se había falseado el vidrio practicando una hendidura circular a la que se acoplaba el improvisado reactor construido por ellos mismos y que constaba de un tubo conductor que terminaba en una cámara de combustión activada por uno de los motores auxiliares desmontados de la cámara de control. La idea era que al aire, canalizado por el tubo conductor, chocase con la masa de energía desprendida de los eyectores, creando una especie de freno que redujera la velocidad de caída impidiendo la aceleración progresiva. Cuatro sólidos puntales reforzaban el observatorio, compensando el fallo de la abertura practicada en sus paredes.

Comprobando el inventario. Mihaly pasó revista a cada una de las piezas, se aseguró de que todo estaba firmemente sujeto y, una vez más, comprobó que la suma de pesos parciales no rebasaba el límite de seguridad establecido. Aun así tuvo una mirada de duda, dirigida hacia las figuras de dos «robots» que, rígidos e inmóviles, yacían sobre el piso.

-Creo que fue demasiado admitir dos de los cuatro soldados mecánicos -farfulló.

Convenientemente situados estaban los asientos inclinables y provistos de resistentes ataduras, construidos aprovechando los existentes a bordo. Las escafandras de presión estaban dispuestas y...

-No sé el resultado que podrá darnos nuestro reactor, padre -dijo Janos acercándose-; pero creo que podremos reforzar sus efectos lanzando cargas explosivas que estallen por debajo de la esfera. Tal vez la onda expansiva ayude a disminuir nuestra velocidad de caída.

-Todo lo intentaremos para procurar nuestra salvación, hijo, si bien reconozco que también todo es descabellado en esta empresa suicida que vamos a acometer. Tan sólo las escasas probabilidades que tenemos de vencer a la muerte nos obligan a poner en juego nuestras vidas, abandonando los cálculos esta vez para buscar directamente la solución de un problema cuya incógnita tal vez no lleguemos nunca a conocer. Vamos -añadió-. Recogeré a tu madre y a tu hermana. Ve tú poniéndote la escafandra.

Hubo una colectiva mirada de adiós para aquella aeronave en donde unos nacieran a la vida y otros la vieran deslizarse en torno suyo. Con los rostros enrojecidos por la ansiedad y pesados los ojos por el cansancio y el sueño, los tripulantes fueron pasando al interior del observatorio y endosándose los trajes que venían a constituir el uniforme obligatorio de

los navegantes del espacio: traje ajustado formado por millares de escamas metálicas y provisto de una doble capa que dejaba entre ellas un espacio; armadura de azulino metal forrado de caucho espumoso, guanteletes de extrema solidez y soltura de movimientos y casco transparente que encerraba los dispositivos de respiración por medio de conexiones a los depósitos individuales de oxígeno o a la atmósfera, y los de transmisión y escucha por medio de la radio.

Quedándose el último, Gor cerró y aseguró a sus espaldas la puerta estanca después de soltar la escalerilla que hasta entonces les comunicara con la nave y fue a ocupar su asiento entre los demás, tendiéndose de espaldas y ciñéndose las ataduras. A su lado, Mihaly estrechaba los dedos de Lena deseándole suerte con mudo ademán y volvía la vista hacia su hijo Janos que, desde un asiento más elevado, iría dándoles los datos de aproximación y descenso que le marcaban los instrumentos instalados donde antes estuviera el telescopio.

El sol que regía aquel sistema enviaba sus torrentes de luz arrancando caprichosos reflejos a las paredes de la esfera. A través de ellas contemplaban la cercana superficie de «Nueva Tierra», mostrándoles los picachos agudos de sus montañas, los cráteres humeantes de sus volcanes, el serpenteo caprichoso de sus ríos, la sucesión grandiosa de sus tierras y sus bosques y la inmensa superficie de sus mares, animados por un juego de colores cambiantes. Se hizo el silencio, roto a intervalos por la voz de Janos que iba dando cuenta de la velocidad relativa... y el tiempo llegó a hacerse eterno antes de que percibieran indistintamente los primeros síntomas de la iniciación de la gran aventura.

-Altitud, 1.200 metros... ¡Atención! -gritó el muchacho, ajustándose presuroso el casco de su escafandra.

Fue como una especie de gemido, un rechinamiento metálico y un estremecimiento convulsivo que sacudiese a la aeronave entera mientras su marcha se reducía perceptiblemente -a juzgar por la posición del planeta- dando la sensación de que iba a pararse en el aire.

-¡Caemos! -chilló Katia, agarrándose con fuerza a las abrazaderas de su asiento.

Más que los instrumentos fue el mismo astro con movimientos descompasados quien les indicó todos y cada uno de los momentos de su caída. Perdida su estabilidad, la aeronave se hundía hacia él, volteando en el espacio, oscilando entre la tierra y el mar, acercándose velozmente... Las paredes del observatorio comenzaron a vibrar y los puntales metálicos gimieron como incapaces de soportar el esfuerzo.

Todos sentían que la respiración se les hacía pesada; a Janos le resultó terriblemente difícil adelantar su mano hacia el pulsador que había de disparar la carga atómica liberadora,

-¡Ahora!... ¡Ahora!... -jadeó.

Pero los ojos se le dilataron de espanto al comprobar que continuaban aferrados a la aeronave y que se hundían con ella hacia el abismo.

-¡Ha fallado el mecanismo! -articuló trabajosamente.

Le escucharon todos a través de la radio, sintiendo abatirse sobre ellos la losa de plomo de lo irremediable. Los esfuerzos del reactor que estaba funcionando a pleno rendimiento serían inútiles y la velocidad uniformemente acelerada haría que se estrellaran contra el astro que había de salvarles. Ni siquiera cabía el consuelo de intentar el lanzamiento de las cargas explosivas. Nadie tenía fuerzas para accionar cualquier mecanismo que pudiera soltarlas.

-Esto es el fin... -susurró Mihaly apretando con fuerza la mano de su esposa-. Lamento, Lena, que nuestra existencia haya sido tan efímera y tan escasa de...

Un nuevo grito de Janos le volvió a la realidad. Ahora le deslumbraba el reflejo del sol y se vio contemplando el cielo azul... Comprendió que nuevamente habían volteado sobre sí mismos y que se hundían de popa hacia el cercano suelo. Janos pulsaba desesperadamente el disparador sin que sus efectos se dejaran sentir.

-¡Allí!... ¡Mirad! -aulló Liebig tratando de hacerse oír entre las vibraciones.

Resbalando lateralmente hacia ellos divisaron la celérica aproximación de la cresta dentada de una cordillera y la línea azul del mar por detrás de ella. Erizados los cabellos, Mihaly cerró los ojos para no presenciar el inminente choque; musitó una plegaria y aguardó, encogido sobre sí mismo, resecos los labios y acelerado el corazón.

Le resultó extrañamente larga la dilatada pausa que mediaba hasta la muerte, y al comprender lo que ocurría fue tal su sorpresa que ni siquiera pudo lanzar un grito de aviso. En el último momento la gran esfera del observatorio se había desprendido del resto de la aeronave, cobrando impulso propio y rebasando los picos rocosos de las montañas. Ahora se cernía sobre el mar, que subía hacia ellos a velocidad aterradora, dibujando cada vez con mayor nitidez las olas espumosas.

El tubo del reactor vibraba desesperadamente, impulsando hacia abajo la energía liberada en la cámara de combustión. Su fuerte silbido no fue bastante, empero, para apagar el fragor del impacto final... Hubo un estruendo terrible y demoledor que semejó aniquilarlo todo; saltaron objetos de sus asideros, fueron arrancados de sus asientos los tripulantes, los férreos puntales se doblaron por la mitad como simples horquillas, gimieron las paredes vítreas mientras la dorada luz del sol iba tornándose en verdosa... en negra... hasta desaparecer por completo.

En medio del silencio brotó el chispazo ígneo de un cortocircuito, pero

sólo iluminó cuerpos desvanecidos entre el revoltijo caótico en que había quedado convertido el interior del observatorio mientras su esfera se hundía hacia las profundidades.

CAPÍTULO III
La caverna

Janos Barlai abrió los ojos, asombrado de saberse vivo aún. De antes recordaba tan sólo un terrible estruendo, la desaparición fulminante de la luz en el interior de la esfera y un pesado silencio que semejaba el preludio de la muerte. Con gesto instintivo, derribado todavía de espaldas, iba tentando su cuerpo dolorido, sintiéndolo arder dentro de la escafandra; iba mirando con aturdimiento en torno suyo, reaccionando paulatinamente ante el espejuelo aleccionador del chisporroteo brillante que nacía en unos alambres eléctricos y que, durante breves segundos hacían palidecer la claridad verdosa que ahora les llegaba desde lo alto, reflejándose sobre unas paredes de vidrio que mostraban en sus escarchados y fisuras las huellas de su tremendo choque contra el mar.

Hasta sus oídos, dificultados por el espesor del casco y el mal funcionamiento de la radio, llegaban dolientes gemidos y los sollozos entrecortados de una mujer. Cuando consiguió incorporarse trabajosamente, su vista, acostumbrada ya a aquella especie de penumbra, captó el caótico revoltijo de lo que hasta poco antes fuera simetría y orden... mezcladas las cajas y los instrumentos con los arrancados sillones extensibles, con los cuerpos trágicamente dislocados, con el confuso y casi irreconocible montón de objetos diversos que tan cuidadosamente seleccionaran antes de abandonar la aeronave.

-¡Voy en vuestro auxilio! -gritó angustiado, quitándose el casco y avanzando dificultosamente-. ¿Hay alguien que pueda responderme?

Sentía su frente y sus mejillas bañadas por el sudor, y aunque lo atribuyera a su propia excitación no pudo reprimir un gesto de asombro cuando, al apoyarse sobre la pared, encontró caliente el vidrio que la formaba.

-Soy yo, Janos -dijo, inclinándose sobre la primera escafandra que llegó a alcanzar. Manipuló impaciente sobre el cierre del casco y golpeó las mejillas de Liebig, que comenzaba a dar señales de recuperación.

-Ayúdame, tío Liebig. Haz un esfuerzo por levantarte y ven conmigo.

-Parece como si toda la esfera me hubiese caído encima -balbuceó el gigante apretándose la cabeza-. ¿Qué ha pasado, muchacho?

-No lo sé aún -repuso Janos-, pero espero que no haya demasiadas víctimas.

Era Noa la mujer que lloraba. Janos la encontró tendida de espaldas, con una pesada botella de oxígeno gravitando sobre sus piernas y uno de los montantes del reactor atravesado sobre su pecho. La escafandra había impedido que sufriera daño alguno, pero el casco se había roto, causándole diversas heridas en el rostro. No podía moverse y se retorcía, presa de un

ataque de nervios.

-Ayúdala, tío Liebig, y trata de libertarla mientras yo sigo buscando.

Con un íntimo suspiro de satisfacción comprobó que sus padres habían tenido mejor suerte. El impacto les arrancó de sus asientos, empujándoles de bruces y derribando sobre sus espaldas el respaldo inclinable de uno de ellos, que, a su vez, les protegió del heterogéneo montón que se acumulara encima. Fue la voz de Mihaly lo que guió al muchacho, haciéndole apartar afanosamente cuanto le estorbaba para llegar hasta él.

-Saca primero a tu madre -pidió Barlai rebullendo inquieto- y procura hacerlo de prisa porque la esfera hace agua.

Un poco más allá estaba el desvanecido cuerpo de su hermana Katia, sin heridas apreciables. Tomando en brazos el peso inerte de su madre, Janos retrocedió hasta encontrar un sitio en donde acomodarla. Se ocupaba en desabrocharle el casco y la armadura cuando le llamó el vozarrón potente de Liebig:

-¡Ven de prisa, Janos!

Avanzó tan rápidamente como se lo permitieran las obstrucciones y los pronunciados balanceos de la esfera... y los cabellos se le erizaron al contemplar «aquello»: junto a Liebig estaba Gor, a salvo también, y ambos miraban hacia la especie de cavidad abierta entre el amontonamiento; allá abajo estaba el cuerpo del viejo Kale.

-¡El pobre abuelo! -murmuró Janos, presa de repentinas náuseas-. ¡Es horrible!

La pesada mole de uno de los «robots» había caído justamente sobre la unión del casco y la escafandra del viejo, machacándola ferozmente y convirtiendo las placas de metal en dentadas y afiladas sierras.

-Será mejor que tu madre no llegue a verlo, Janos -aconsejó Liebig-. Si a nosotros nos duele la desaparición de un amigo como Kale, ella no podrá resistir esta última visión del que fue su padre.

Pero no fue ésta la última desgracia que habrían de soportar. Rosen también estaba muerto, ahogado por la sobrepresión del oxígeno, que, hinchando desmesuradamente su escafandra, empujó hacia adentro los pulmones hasta aplastarlos. No parecía haber sufrido, y de sus labios descoloridos manaba todavía un hilillo de sangre.

La habitual palidez de la epidermis de Gor se acentuó al contemplarlo, y los gritos histéricos de Noa pusieron una nota de desgarradora tragedia en el ámbito silencioso de la esfera.

-¡Está muerto!... ¡Le hemos matado nosotros mismos!...

Gor la tomó por los hombros, sacudiéndola con rudeza.

-¡Cállate madre! -le ordenó-. Calma tus nervios y acaba con unas lamentaciones y reproches que no resuelven nada.

Para entonces, en medio de los balanceos de la esfera, hubo un fuerte

encontronazo que casi les derribó a todos. Sintieron claramente cómo su improvisada nave retrocedía tomando impulso, y otra vez se repitió el choque, aunque con menor intensidad.

-Hay que salir de aquí -dijo Liebig-. Comenzamos a no estar seguros dentro de esta esfera.

Se aferraron instintivos a su propia salvación, y por vez primera se percataron del notable aumento de la temperatura, de los continuos chispazos de los cables eléctricos y de que las paredes de vidrio se empañaban exteriormente, impidiendo la visión hasta que las ondulaciones del agua lavaban una pequeña franja.

-Sabemos ciertamente que caímos en pleno océano- dijo Mihaly-. Pero ¿dónde nos encontramos ahora? El oxígeno no nos ha faltado; luego hay algo que...

-Lo sabremos al punto -le interrumpió Gor premiosamente-. Voy a buscar la salida.

Consiguieron aprovechar como puertecilla de escape la destrozada abertura del reactor, que se alzaba casi completamente sobre la línea de flotación, dando paso a blandas oleadas que se esparcían por el interior de la esfera. Al hundir en el agua las manos desnudas notaron también su elevada temperatura.

-Está casi hirviendo, padre -dijo Janos, ayudando a Mihaly a transportar el todavía desvanecido cuerpo de Lena.

De uno en uno, aferrados a la abertura del observatorio, aprovecharon el momento oportuno para saltar en dirección a la repisa de piedra que divisaron a corta distancia. La esfera se acercaba a ella, impulsada por los movimientos de las olas, y cada vez transbordaba uno más, tendiendo la mano al que le seguía.

Se encontraron en el interior de una caverna de grandes proporciones, cuyo piso estaba integrado en su casi totalidad por la superficie ondulante del mar. Unas estrechas comisas pétreas se deslizaban junto a las casi verticales paredes, a medio metro escaso sobre las olas, extendiéndose y ensanchándose formando una especie de playa hacia la ubicación probable de la entrada a juzgar por la dirección de la luz.

La atmósfera era pesada y enervante, acrecentando la fatiga que de por sí sentían ya los liberados. Se percibía un débil olor sulfuroso y nubes de vapores se elevaban desde la superficie del agua hacia la oscura cúpula de la caverna, condensándose en menudas gotas que tornaban a caer originando rápidos y frescos chubascos. A media altura, algo por encima de sus cabezas, distinguieron a la débil penumbra una serie de rendijas y grietas por entre las cuales silbaba el vapor, brotando en poderosos chorros.

-No me gusta -musitó Janos, sintiendo en el rostro la bofetada caliente y blanda de aquellas emanaciones.

-Tal vez estemos pared por medio con uno de los muchos volcanes que divisamos desde el aire -le dijo Liebig.

-Razón de más para salir cuanto antes de este sitio.

Sin que mediara ninguna palabra más fueron tendidas unas cuerdas desde la esfera hasta la cornisa de roca, y por la improvisada pasarela se transbordaron de entre el amontonado lastre de la esfera aquellas piezas y objetos más fácilmente alcanzables. Liebig, penetrando por última vez, recuperó los cascos todavía utilizables para las escafandras, algunas cajas de víveres y dos botellas de oxígeno. Luego, tentando todos cuidadosamente las resbaladizas piedras, avanzaron hacia la especie de playa formada en el interior de la caverna. Mihaly depositó con cuidado el desvanecido cuerpo de su esposa, que llevaba en brazos, dejándolo al cuidado de Katia, ayudó a transportar el parco equipo rescatado y...

-Creo que he encontrado la explicación -dijo de repente.

-¿A qué te refieres? -le preguntó Liebig.

-Caímos a gran velocidad -continuó aquél-, y nuestro impulso debió ser lo bastante fuerte como para arrastrarnos hacia las profundidades, de cuya sobrepresión son buena prueba los desconchados del vidrio. Ahora bien; por alguna razón que todavía desconocemos, el agua de esta caverna se calienta y asciende hacia las capas superiores del mar, provocando una succión en las masas frías. Esta succión, a su vez, origina una corriente submarina de tal potencia, juzgando por la elevada temperatura de la superficie, que, pese a la gran flotabilidad de nuestra esfera, la arrastró con ella hasta depositarnos sin esfuerzo en el punto en donde muere. ¿Desde qué distancia hemos sido arrastrados? -terminó-. Intentaremos comprobarlo en cuanto salgamos a la luz del día.

-Mirad esto -les llamó Janos, que había estado explorando por su cuenta los alrededores. Y en su voz había un tono de zozobra cuando indicaba hacia la arenilla y piedras sueltas del suelo.

Sobre la tierra húmeda había claramente marcadas unas huellas de gran tamaño, como dejadas por el sinuoso cuerpo de un reptil gigantesco...; y aún había más: arañazos y cortes sobre las rocas, originados por fuertes garras.

-Busquemos la salida -apremió Liebig, perdida su habitual entereza-. Tal vez nuestra presencia haya atraído ya al engendro que habita la caverna.

Encontraron fácilmente el punto por donde entraba la luz. Después de doblar un recodo vieron una abertura alargada y baja, abierta casi a ras del agua y que difícilmente dejaba paso a una persona, máxime cuando se desconocía la profundidad de la hirviente agua. La resaca creaba allí un ruido ensordecedor, se arremolinaban las ondas entre las blanquecinas emanaciones y...

-¡Atrás!... ¡Atrás todos! -gritó Janos, que iba el primero, intensamente pálido y completando con el movimiento de sus brazos la orden dada entre aquel estruendo.

Aterrados, contemplaron cómo se abría materialmente la superficie negra del mar para dar paso a una cabezota disforme y amenazadora, de grandes y fuertes mandíbulas, cubierta con placas rugosas y córneas y asentada sobre robusto y grueso cuello. Al descorrerse los telones verdosos de los párpados, dos ojillos coléricos les contemplaron centelleantes desde la distancia mientras las fauces se abrían, dando paso a una lengua hendida y larga que se agitó con viveza con un ruido seco, semejante a un trallazo. Como dándose cuenta de que las presuntas víctimas estaban a su merced, el monstruo retrocedió veloz hasta la abertura de entrada, taponando con su cuerpo la única vía de escape y erigiéndose en fantasmal centinela de la caverna, en aterradora visión a la que las nubes de vapor y la penumbra creaban un clima de auténtico y desesperado pánico.

Con la espalda pegada contra las paredes, poniendo entre ellos y la fiera la mayor distancia posible, los supervivientes clavaban sus ojos en aquel engendro sin saber qué hacer ni qué decidir. Fue Noa quien chilló espeluznada al darse cuenta de los movimientos de Gor:

-¡Vuelve!... ¡No! ¡Te matará!... ¡Vuelve, hijo! -gritaba, retenida por el firme brazo de Liebig, que le impedía lanzarse en pos del muchacho.

No pudieron hacer lo mismo con Gor, y el joven se adelantó hacia el monstruo, que prontamente se dio cuenta de su presencia, chascando estruendoso las fauces y agitando colérico la lengua, mientras su cabeza giraba hacia él y del agua surgía su pecho robusto. Pero ante la estupefacción de sus compañeros, Gor extrajo de su escafandra y empuñó con presteza un objeto con el que apuntó a la bestia. La luz era escasa para percibirlo claramente, pero en todas las mentes brotó el mismo pensamiento:

-¡La pistola atómica!... ¡La única arma que poseían cuando todavía estaban a bordo de la aeronave.

Retumbó una detonación espantosa, terriblemente amplificada por los ecos de la caverna. Un fogonazo cegador semejó partir de la mano de Gor y tender en el aire la huella de su paso antes de estrellarse contra las rocas, por encima de la cabeza de la bestia y a muy poca distancia de ella. Se derrumbaron las piedras, penetró un torrente de luz brillante y diáfana, y el agua, desplazada por la onda expansiva, tornó por sus fueros en impetuosa y rugiente oleada que inundó la caverna, saltando por encima de los límites que antes le marcaran las rocas de la playa, empujando a Gor con su fuerza poderosa y haciéndole trastabillar en dirección a sus compañeros, que se habían defendido como pudieron de aquel postrer embate.

Cuando la superficie se estabilizó de nuevo y las aguas recobraron su

calma, el monstruo había desaparecido y la abertura, agrandada enormemente, les mostraba el camino hacia la libertad.

-Todavía la tengo -dijo Gor mostrando a sus compañeros la pistola que no perdió ni siquiera con el embate de las olas.

-Está bien -le contestó Mihaly fríamente-. Puesto que eres tú su feliz poseedor bueno será que vayas delante mostrándonos el camino. Después no nos faltarán ocasiones para averiguar cómo llegaste a conseguir esa arma en la cual estriba nuestra salvación.

-También nos ha salvado ahora, ¿no es cierto? -se engalló el joven.

-Ve delante, te digo. Ya hablaremos de esto.

Una de las cajas perdidas en la oleada se deslizaba hacia afuera, empujada por el reflujo de la corriente. Tomándola como guía la siguieron de cerca, caminando en pos de Gor que -empuñada la pistola y con actitud vigilante- se deslizaba junto a la pared, metido en el agua hasta las rodillas y tanteando cuidadoso antes de dar el siguiente paso. A unos veinticinco metros de distancia, aquella caja desapareció engullida por un remolino, y hasta la superficie subieron grandes burbujas estallantes.

-Allí está el monstruo -apremió Gor-. Daos prisa.

-Al menos pudiste haber aprovechado la carga disparada -comentó irónico Janos.

Inclinó la cabeza el otro, sin contestarte, y tendió la mano a Liebig que venía detrás de él, ayudándole a salvar el último paso. Fuera ya de la caverna caminaron todos rápidamente sobre una playa de arenas negras y salpicada por grandes peñascos. El mismo suelo daba la sensación de arder y la justificación la encontraron cuando al alzar la cabeza distinguieron el alto y puntiagudo cono de un volcán, coronado por el penacho humeante de su hoguera interna y bajando sus vertientes hasta el mismo océano.

La zona que abarcaba su vista era un amontonamiento caótico de socavones, peñascos y solidificados riachuelos de ardiente lava.

-Allá tenemos a nuestra tierra de promisión -dijo Janos, señalando hacia el conjunto de colinas y bosques que se divisaba a lo lejos.

-Una tierra salvaje y peligrosa en la cual nuestras vidas estarán pendientes del menor descuido -dijo Mihaly Barlai.

Para entonces, y como sorprendente e inesperada nota de amenaza, llegó hasta ellos un auténtico rugido que esta vez procedía del espacio. Alzaron la vista rápidamente y pudieron contemplar el meteórico paso de un disco de brillante color rojo que, dejando tras de sí la estela impalpable de sus escapes desapareció tras la fila de montañas que cerraban el horizonte.

-¡Un mundo habitado! -exclamó Gor.

-Un mundo peligroso -repitió Mihaly- en el que no sabemos si podremos hallar amigos o enemigos.

CAPÍTULO IV
Los hombres verdes

El nuevo día -días de veintiséis horas y media aproximadamente- sorprendió a los expedicionarios escalando las primeras estribaciones de las ásperas colinas que dominaban la playa. Cortante y duro, el suelo ofrecía dificultades sin límites al avance de aquellos seres, que se esforzaban en vencerlas con denodado ánimo, dejando atrás paulatinamente los escenarios en que se desarrollaron sus primeros instantes de vida sobre el nuevo astro.

A sus espaldas había quedado el faro humeante del volcán, la línea sinuosa de la playa, la caverna y su diabólico habitante y un nuevo peligro que Mihaly Barlai advirtió a todos como acicate de la inminente marcha.

-A buen seguro observasteis las innumerables grietas que había en la caverna y que daban paso a los gases y vapores -les dijo-. Pues bien; llegará un momento en que la fuerza del agua agrandará esas grietas y que las olas se precipitarán por ellas como impetuosa cascada inundando el seno ardiente del volcán. No quisiera estar cerca cuando eso ocurra y cuando la montaña, incapaz de contener los gases acumulados por la instantánea ebullición del agua, reviente como gigantesca bomba arrasando todo cuanto se halle a su alrededor. Es indudable que en «Nueva Tierra» se producen y se producirán notables cambios geológicos, pero ello no nos obliga a contemplarlos de cerca siempre y cuando podamos impedirlo.

Se distribuyeron la impedimenta de forma que resultase más cómodo su traslado y en su improvisado campamento al abrigo de unas dunas, en torno a la brillante hoguera encendida, durmieron o callaron despiertos durante las horas de oscuridad absoluta que imperaban sobre el planeta. No fue fácil conciliar el sueño cuando tan recientes estaban aún los acontecimientos trágicos que iniciaron su existencia sobre el nuevo astro y cuando la desconcertante actitud de Gor, empuñando un arma que debió utilizarse para su salvación, ponía la nota discordante de una indisciplina de fatales consecuencias que Mihaly -como jefe- no estaba dispuesto a consentir.

La vigilancia armada no se interrumpió durante la noche, temerosos de una nueva aproximación del monstruo, y hubo un suspiro colectivo de alivio cuando las primeras claridades del día asomaron sobre el cielo, esparciéndose con la misma rapidez con que disminuyeran la víspera para dar paso a la oscuridad. Bruscamente apareció en el firmamento la bola roja del sol que regía aquel sistema planetario, y su presencia encontró dispuesto al grupo, sujetos a la espalda los bultos de las provisiones y equipo e interrogando con la mirada a su jefe en muda pregunta acerca del camino a seguir.

-Intentaremos cruzar las montañas en busca de una zona más fértil y

habitable -dijo Mihaly escuetamente.

Él mismo encabezó la marcha, seguido de cerca por su hijo Janos, Liebig y Gor cerraron el grupo acompañando a las tres mujeres y ayudándolas en los pasos difíciles. La subida resultó difícil. Agudas aristas y espantosas convulsiones del suelo creaban un laberíntico amasijo sobre el cual se reflejaban los rayos del sol, reverberando su luz sobre los caminantes y socarrándolos con su elevada temperatura. Fueron necesarios descansos y detenciones, se adelantó Janos en busca de agua y por fin, cercano el mediodía, se inmovilizaron junto al refugio de unos peñascos que les brindaban su sombra protectora.

-Curioso país -ironizaba Liebig, jadeante aún-. Le contemplamos desde el aire en sus más variados aspectos, pero la realidad es muy otra en este auténtico desierto volcánico en donde no crece ni una sola brizna de hierba ni hemos advertido el más mínimo signo de vida.

Sobre ellos, a dos o trescientos metros de altura, se alzaba el anfiteatro montañoso que debían atravesar para verse al otro lado de la divisoria.

-No podremos llegar hasta allí -musitó Janos- ni tampoco nos conviene aventurarnos durante la noche por estos vericuetos. Hay demasiados despeñaderos y barrancos en donde caer al menor descuido.

-¡Mirad aquello! -gritó Katia Barlai señalando hacia el cielo.

Sobre las montañas cruzaba un pajarraco de gran tamaño, de cuerpo robusto, largo cuello y prominente cabeza, dotado de amplias y negras alas con las cuales se cernía hasta quedar inmóvil aprovechando las corrientes favorables. Hubo un momento en que el ave les divisó desde la altura, y todos se dieron cuenta de cómo variaba la dirección de su vuelo y comenzaba a trazar un círculo sobre ellos, planeando con soltura y descendiendo pausadamente.

La contemplaron entonces con todo detalle. Por debajo de su cuerpo se plegaban unas cortas patas provistas de afiladas garras y su cabeza se prolongaba en un pico dentado y fuerte que se abría y se cerraba con seco chasquido. Llegó a estar tan cerca que percibieron el soplo caliente del aire desplazado con su vuelo, y Gor empuñó nuevamente la pistola atómica, indeciso entre emplearla o no en beneficio de todos.

-Guarda esa arma, Gor -dijo ásperamente Mihaly-. Posiblemente nos será más necesaria en otro momento.

No contestó el muchacho, pero enfrentándose al pajarraco agitó los brazos y gritó con fuerza, contestándole un chillido áspero y penetrante proferido por el ave que veía burlados sus intentos de aproximación emprendiendo nuevamente el vuelo hacia mayores alturas.

-País de monstruos es la tierra a donde hemos venido a parar -sentenció Gor- pero al menos hay entre ellos algunos tan cobardes como este.

Durante el descanso, y pese a la prohibición expresa de Mihaly de

alejarse del grupo, Katia Barlai se apartó de las rocas para ir en busca de agua. Un arroyuelo de fresca corriente saltaba de roca en roca a corta distancia, y la muchacha hundió en él las manos... no pudo contener un grito de dolor al sentirse herida, y su voz hizo acudir presurosa a Janos y a Gor.

-¿Qué ha sucedido...?

Katia, por toda respuesta, les mostró el limpio corte que sesgaba la palma de su mano diestra desde el nacimiento del dedo índice para llegar casi hasta la muñeca.

-No sé cómo ni con qué ha sido -les dijo.

Pero Gor lo averiguó prontamente al extraer del agua un cristal de lava: que la corriente debió arrastrar desde las zonas altas. Era un vidrio largo y grueso, de aguzadas y cortantes aristas cuyos efectos sintiera Katia sobre sí misma. Janos lo tomó, curioso, examinándolo con detenimiento.

-Tal vez sea esta la base de nuestras futuras armas -dijo después-. El país, con su primitivismo, nos las ofrece libremente como una invitación a que las aprovechemos.

* * *

Ante sus pies se abría el hermoso valle, extendiéndose hasta perderse de vista. A un lado y a otro descendían suavemente las laderas de los montes, profusamente sembradas de árboles y malezas, y en el fondo, brillando al sol como un espejo, se deslizaba perezosamente una corriente de agua caudalosa y ancha.

Desde la cima de la montaña saborearon su belleza sintiendo reanimarse sus fatigados cuerpos.

-Ahí lo tenemos -dijo Liebig emocionado- y dudo que jamás haya podido contemplarse tanta magnificencia y belleza, tanta paz y tanta calma serena.

-Dentro de poco tiempo dispondremos de todo -le contestó Mihaly-. Nuestro esfuerzo transformará este valle, asentaremos en él nuestra existencia y hasta llegaremos a compenetrarnos con la tierra, a amarla, a contemplarla orgullosos.

Insensiblemente fueron dejando atrás la zona volcánica y su visible límite de muerte y desolación para adentrarse en la vega fértil y hermosa del valle. Los jóvenes, más impacientes y ligeros, brincaban delante seguros y ágiles, deslizándose entre las peñas y salvando con elásticos saltos los pasos difíciles. Janos, Katia y Gor se distanciaron del grueso, se separaron entre ellos mismos en riente pugna por ser los primeros en pisar la tierra del valle, y cada uno buscó por separado el camino a su juicio más corto y practicable.

La muchacha, con voces burlonas, perdió de vista a sus compañeros y,

derivando un poco hacia la izquierda se introdujo entre los complicados laberintos de las últimas rocas dislocadas, sin parar mientes en el vuelo de gruesos insectos o el deslizar cauteloso de algún reptil que en otras circunstancias hubiera podido asustarla. Veía cercana la meta de su carrera y tuvo un gesto de desagrado cuando la ruta quedó cortada por un cantil rocoso que formaba una pared vertical de unos dos metros de altura antes de extenderse nuevamente en rellanos y caminos fáciles y asequibles. Katia no dio su brazo a torcer considerando el precioso tiempo que perdería retrocediendo en busca de otra ruta, y se decidió a emprender el descenso sin parar mientes en el peligro que encerraba.

-Llegaré antes que ellos -murmuró sonriendo.

El traje ajustado que vestía no le imposibilitaba los movimientos de sus piernas; las dejó deslizar a lo largo de las rocas, bajando su cuerpo hasta hacer fuerte con las manos... pero cedió el borde en que se apoyaba y durante unos segundos eternamente largos cayó Katia sin encontrar más apoyo que el inesperado de la repisa inferior con un contacto tan brusco que la derribó casi en el mismo borde de la vertiente. No tuvo tiempo ni para lanzar una voz de aviso y, jadeando asustada por la impresión, apoyó las manos tratando de incorporarse.

Entonces también murió la voz en sus labios ante la visión que se ofrecía a sus ojos. Ante ella -que permanecía todavía en el suelo- se había alzado la figura fantástica de un hombre vestido con unas toscas ropas confeccionadas con pieles. Su epidermis tenía un tinte acentuadamente verde y su cabeza estaba coronada por un turbión de cabellos negros que caían sueltos hasta los hombros. Había en sus brillantes ojos tanta sorpresa como terror en los de Katia; avidez en el rictus de sus labios plegados; codicia en el aleteo apresurado de su nariz prominente; bestialidad en la expresión de su rostro anguloso. ..

Un gruñido incomprensible se escapó de su boca mientras Katia hacía esfuerzos por incorporarse y huir, y aquel hombre alzó la mano armada con un hacha que no por ser de piedra resultaba menos amenazadora y terrible. Con rapidez felina se precipitó sobre la muchacha venciendo la resistencia que ella le ofrecía y sin hacer caso de sus gritos. Hábilmente supo sujetarle a las espaldas las manos mediante la atadura de una correílla de cuero crudo que arrancara de su cintura.

Durante unos instantes contempló la presa capturada; recogió luego el hacha colgándola de su cinto, y con brazos fuertes alzó a Katia, echándosela sobre el hombro y comenzando a descender con paso seguro y rápido entre las peñas y las piedras sueltas mientras la muchacha redoblaba sus gritos y sus llamadas de auxilio que a aquel hombre verde parecían importar muy poco.

Janos y Gor sí la oyeron desde el fondo del valle y lo mismo debió

ocurrirle al grupo que todavía descendía la montaña.

-¡Es Katia quien pide auxilio! -exclamó Gor.

-¡Santo Dios... allá va! -dijo Janos al divisar a distancia la huidiza figura del hombre verde con su carga humana sobre el hombro-. ¡Hemos de salvarla!

Los dos emprendieron veloz carrera en pos del incógnito raptor sin parar mientes en la enorme ventaja que aquél les llevaba y el indudable conocimiento del terreno que pisaba. Galoparon a través del mar de hierba que aminoraba el rumor de sus pasos, perdiendo de vista a su perseguido y guiados tan sólo por los gritos de Katia que se repetían a intervalos.

Durante largo trecho siguieron la margen del río marchando sobre las huellas que sobre la tierra húmeda dejara de vez en cuando el fugitivo, y hasta ellos llegó repentinamente un sordo fragor que ahogaba los demás sonidos. Se dieron cuenta entonces de que el valle descendía rápidamente encajonándose en una garganta que torcía a la izquierda. Si la pendiente era rápida, el río la salvaba de una forma airosa, precipitándose sobre la submeseta inferior en forma de cascada rugiente de unos quince metros de altura.

-¡Allí están! -gritó de improviso Gor cuando ya desesperaban de encontrar una pista viable y segura.

Señalaba con su mano hacia el muro vertical de la garganta rocosa, como no dando crédito a lo que veía. El raptor de Katia, sin soltar su carga y contemplado desde unos quinientos metros de distancia, daba la sensación de estar trepando por la lisa pared sin ningún esfuerzo ni dificultad, como subiendo por una invisible escala que le facilitase el camino.

-¡Vamos pronto!... ¡Se nos escapa! -apremió Janos.

Media hora más tarde, llegados a aquel punto, comprobaron que era imposible seguir el mismo camino. Sobre la lisa pared se abrían una serie de orificios que no obedecían a causas naturales. Estaban dispuestos de forma simétrica: dos, uno por encima, dos más, uno, hasta coronar la altura del cantil desde la cual les contemplaba en actitud de burla el salvaje raptor de la muchacha. Escucharon un grito de Katia y la voz ronca y fuerte de aquel ser...

-¡Te mataré aunque tenga que recorrer por entero este planeta para encontrarte! -amenazó el impotente Gor tendiéndole los puños con rabia.

-Vuelve hacia los nuestros, Gor -dijo Janos tratando de hallar una solución-. Cuéntales lo ocurrido y guíales hasta este sitio. Yo, mientras, trataré de encontrar un camino que conduzca hasta la cumbre y prometo no emprender nada hasta que nos reunamos todos. Encontraremos a Katia; es mi hermana y...

-¡Es la mujer de quien estoy enamorado! -rugió Gor.

Era la primera vez que el muchacho anunciaba tal cosa, pero Janos no pareció escucharle.

-Ve con ellos -repitió-. Yo me quedaré vigilando.

-Toma entonces esto -repuso Gor, entregándole la pistola- y no vaciles en disparar contra ese demonio verde si le ves aparecer.

Retrocedió por el mismo camino que siguieran, y Janos, guardando el arma, trató inútilmente de ascender por aquellos agujeros abiertos en la roca. Eran demasiado pequeños para introducir el pie y demasiado resbaladizos para que los dedos pudiesen hacer firme en ellos. Maldiciendo su impotencia retrocedió para captar desde más lejos la línea superior de la quebrada, y entonces, cerca de la amplia laguna que formaba la catarata después de despeñarse, encontró los primeros signos de vida en aquel planeta desconocido.

Fueron al principio unas filas de piedras alineadas simétricamente; luego las ruinas de lo que a todas luces fue una casa construida con grandes losas; vestigios de remotos sembrados y por último otra construcción más grande y robusta que las anteriores, que todavía se conservaba erguida entre las ruinas. Empuñó la pistola al entrar y sus pasos hicieron huir a las alimañas y a los insectos. Era una casa cuadrada, baja de techo y de gruesos muros, con las solas aberturas de la puerta y una especie de ventana practicada en la pared opuesta: Una fresca penumbra reinaba en el interior, y cuando sus ojos se acostumbraron a ella divisó alineadas contra los muros ollas y vasijas en lamentable estado de conservación. Una piedra plana, en el centro, guardaba sobre ella señales de innumerables fuegos. Sobre la maleza que cubría el suelo encontró un tosco brazalete que parecía de bronce, con la grosera imagen de una bestia grabada en su banda más ancha.

-¡Esta es la explicación! -dijo de pronto.

El grito instintivo se produjo al distinguir apoyados contra un ángulo dos pares de palos gruesos y largos. Los cogió presuroso y salió a la luz para examinarlos, comprobando que estaban unidos por parejas independientes mediante sólidas trencillas de cuero. Se percató de su resistencia y fortaleza... y con gesto decidido avanzó hasta el cantil deteniéndose ante la serie de orificios practicados en su pared. Entonces introdujo en los dos de abajo los palos de la primera pareja, construyéndose una escala improvisada; subido a ellos pudo colocar un palo del otro par en el solitario agujero superior resultándole fácil trepar hasta este nuevo peldaño... pero a partir de aquí no pudo proseguir la escalada ni siquiera aprovechando el palo suelto para meterlo en el par de agujeros que seguían.

-Comprendo -murmuró sin desalentarse-. Hay que hacerlo de forma que se recupere completamente el primer par empleado y...

Hubo algo más que le impidió proseguir sus investigaciones sobre

aquel sistema nuevo de escaladas y fue el silbido amenazador de una piedra de gran tamaño cayendo desde lo alto casi en su misma dirección. Saltó a tierra rápidamente y corrió veloz para: apartarse de la vertical de la garganta. Lo hizo a tiempo porque las piedras se multiplicaron celéricamente, y cuando Janos, resguardado en las ruinas del poblado, alzó la cabeza, pudo contemplar el espectáculo aullador y amenazante de la horda de hombres verdes que coronaba la cima del acantilado, rugiendo coléricos, vociferando excitados, preparándose tal vez para el ataque preludiado por las grandes piedras que no dejaban de caer.

-Conoceréis el poder de los extranjeros llegados a vuestra tierra -murmuró Janos empuñando la pistola atómica-. Y será poco el precio de la vida si a Katia le ha ocurrido algo irremediable.

CAPÍTULO V
Jairon de Saar

El raudo vuelo de la aeronave de brillante color rojo que los terrestres tuvieran ocasión de contemplar había terminado tan fugazmente como empezó. Vino de lejos y tornó a remontarse desde la zona costera en donde se posara breves instantes y horas después hacía su aparición un pajarraco -tal vez el mismo que se acercara a contemplar a los terrestres- que comenzó a cernerse sobre la playa lanzando a intervalos un chillido agudo que parecía desgarrarse entre sus largas mandíbulas provistas de afilados dientes.

Sus ojillos penetrantes habían distinguido desde la altura algo digno de merecer su atención, y ese algo era una rígida figura tendida de bruces sobre la arena negra. Se dirigió hacia ella entre evoluciones y rodeos cautelosos, descendiendo más y más mientras se excitaba a sí mismo con sus chillidos y extendiendo sus patas terminadas en curvadas garras, como impaciente por hincarlas en la deseada presa.

Sin embargo, semejó como si la sombra de sus alas al proyectarse sobre el cuerpo inerte de aquel ser, como si un sexto sentido previniese a tiempo del peligro devolviendo facultades y movimientos a quien hasta entonces permaneciese privado de ellos, porque la figura yacente removió las manos hundiéndolas en la arena como buscando un punto de apoyo, e irguió su cuerpo al mismo tiempo que sacudía su cabeza como intentando liberarse de los últimos restos de su inconsciencia.

Su reacción fue fulminante y oportuna; se alzó de un salto para hacer frente al ataque del ave de rapiña, e indefenso como estaba halló el medio de lanzar contra sus fauces y sus ojos los dos puñados de arena que sus manos continuaban apretando con fuerza. Se encogió instintivo ante el ímpetu de la acometida inicial del pajarraco y gritó después con voz poderosa: y fuerte confundiendo su sonido varonil con el chillido de cólera del ave que veía frustrados sus apetitos y que -cobarde como todas las de su especie- se remontaba nuevamente al comprobar que lo que tomara por un cuerpo sin vida se había convertido en un enemigo encarnizado y dispuesto a defenderse.

El aire caliginoso y espeso de la tarde se removió con el batir de alas del pajarraco y el hombre, erguido sobre la playa desierta, siguió con la vista su vuelo que se dirigía ahora hacia la; línea oscura que marcaba sobre el cielo violáceo la silueta de las montañas.

-¡Vete, maldito de Keno! -le gritó- ¡Sáciate de carroñas antes de que consiga matarte con mis propias manos!

Aquella exclamación pareció ser la válvula de escape que calmara sus ímpetus y le volviera a la realidad, porque miró angustiado en torno suyo y

se retorció las manos con ademán de furia infinita al percatarse de la soledad y el abandono de aquel paraje.

-El Príncipe Jairon -murmuró después con voz amarga-. El soberano del vasto imperio de Saar, abandonado a su suerte, solo y desarmado, en cualquier parte y en cualquier tierra desconocida.

Se sentó sobre la arena contemplando con expresión ausente la amenazadora superficie del mar, alterada por rugientes y espumosas oleadas que venían a morir casi a sus pies, y durante unos momentos se apretó las sienes con las manos como temiendo que la cabeza fuese a estallarle; luego, ponderando paso a paso su actual situación, se encogió con expresión de desaliento exclamando colérico:

-¡Por Keno prometo que haré pagar cara esta traición!

Lo más notable en aquel hombre era el marcado contraste entre su actitud desesperada y su juventud y apuesto físico. De cuerpo robusto y bien proporcionado, de figura correcta y anatomía normal, Jairon de Saar denotaba vigor y fortaleza en todos sus gestos. Había brillo de valor y astucia en sus ojos oscuros; agresividad en su bien perfilada barbilla y signos de perfección en la configuración externa de su cráneo. Su piel, dorada como la del bronce recién fundido, se atirantaba bajo la presión de los músculos en sus brazos y piernas -únicos miembros que dejaba al descubierto su túnica ajustada y corta- y en todo su ser se adivinaba una condición muy distinta a la adoptada ahora, una decisión, prestancia y serenidad que desdecían mucho de su abatimiento.

Sin más presencia que la del ave de rapiña que tornaba a ceñirse en sus giros a gran altura, Jairon hablaba en voz alta lanzando sus palabras al auditorio movible de las olas que, con su rumor profundo, semejaban responderle con carcajadas de burla.

-No es un sueño ni tampoco he perdido la razón. Soy Jairon, príncipe de Saar; habitaba en mi palacio de la capital del imperio, gobernando a mis súbditos con equidad y justicia; ostentaba el mando de poderosos ejércitos y nutridas flotas; contemplaba junto a mí la adorable figura de Airana, la mujer destinada a ser mi esposa y compartir mi trono. Y ahora...

Sus ademanes y palabras bien podían tomarse por los de un desequilibrado mental, pero la sinceridad de su voz alejaba todas las sospechas para abonar la conclusión de que Jairon estaba diciendo la verdad.

-¡Temed mi regreso, traidores! -rugió enfurecido para añadir doliente-. Debí suponer más doblez en quien deposité mi confianza y más ambición donde sólo quise ver lealtad; debí conocer su auténtico sentir, penetrar en su corazón repugnante y traicionero...

El disco enrojecido del sol comenzaba a descender sobre el mar para dar paso al imperio de las sombras cuando Jairon se alzó repitiendo su

imprecación:

-¡Teme mi vuelta, Neres!... ¡Teme mi vuelta!...

Con paso rápido, en una reacción viril y decisiva contra su abandono, comenzó a caminar en dirección a las montañas aprovechando hasta el máximo los escasos momentos de luz. Más de una vez llevó la mano al cinto buscando un arma inexistente mientras atravesaba la zona boscosa que nacía casi en el mismo límite de la playa. En torno suyo, más impresionante aún a causa de la quietud y del silencio, comenzaban a percibirse los primeros estremecimientos y desperezos salvajes de una vida que despertaba cada noche buscando a los más débiles para saciar en ellos su apetito.

-Este debe ser el planeta Keres -monologaba Jairon- y de ser cierto haré bien en buscar refugio si no quiero terminar mi primera jornada en las fauces de alguna fiera.

Dejó atrás el bosque dando un rodeo y, en medio de las tinieblas, atacó con decisión las desigualdades de la montaña. Se detuvo al sentir el rumor del agua bajo sus pies; aquello le hizo recordar la sed abrasadora que sentía e, inclinándose, hundió sus manos en la fresca corriente que buscaba el mar saltando de roca en roca. Un cercano amontonamiento de piedras le pareció refugio apropiado para pasar la noche y recostándose sobre él, atento el oído y tensos los nervios, comenzó a luchar contra el sueño y el cansancio, contra el recuerdo alucinante de otra época a un tiempo reciente y lejana.

-Ni siquiera sé cuándo comenzó la traición -murmuró a su pesar, abandonándose al pasado.

Sus párpados se fueron cerrando insensiblemente, y Jairon de Saar revivió uno por uno -durante el sueño- todos y cada uno de los momentos que precedieron a su actual abandono.

* * *

Por todas partes resonaban las fanfarrias bélicas de las trompetas y rebullís la gente contemplando el paso de la regia comitiva. La capital del imperio de Saar estaba engalanada y hervía la fiesta en todos los corazones con el anuncio de los esponsales entre Jairon y su prometida Airana. Surcando gráciles y atrevidos puentes que unían entre sí los altos edificios, rápidos trenes y veloces vehículos volcaron en las estaciones terminales su carga viviente incrementando el bullicio de la ciudad asiento de una raza poderosa y perfeccionada para la cual ya casi no existían secretos científicos, descubrimientos y adelantos.

Moviéndose sin ruido, los automóviles eléctricos pasaban ante una doble fila, de rostros gozosos que aclamaban a su soberano. Erguido en el primero de los coches, Jairon correspondía a los saludos y se volvía frecuentemente para sonreír a la mujer que, a su lado, compartía las

aclamaciones y las muestras de entusiasmo. Airana era hermosa, muy hermosa, y su figura esbelta se recortaba bajo el traje de malla metálica que vestía. Sus brazos desnudos, escapándose de entre los pliegues de una capa escarlata prendida de los hombros, se movían para saludar y para asir las manos de Jairon en una demostración de afecto que hacía redoblarse las aclamaciones. Sus ojos verdes y rasgados iban contemplando aquella sucesión de rostros vociferantes... y había en su mirada un leve gesto de fastidio, una expresión de cansancio y de enojo entre tanto vocerío, aunque supiera remediar su falta con presteza y ofrecerse ante todos sonriente y alegre.

Unidades del ejército cubrían la carrera o se alineaban en los cruces de las avenidas y calles. Una escuadrilla de «discos voladores» se cernía sobre el cortejo en veloces y majestuosas pasadas...

-¿A qué viene tal despliegue de fuerzas? -había preguntado Jairon, sonriendo y saludando la insignia del regimiento de su guardia que le rendía honores-. ¿Acaso mi primer ministro teme una sublevación?

Fueron unas palabras dichas en son de burla pero que, recogidas por Airana, hicieron que la muchacha no pudiese reprimir el deseo de mirar hacia atrás para contemplar en el vehículo siguiente la importante figura de Neres, primer ministro de Saar y brazo derecho de Jairon.

-Todos los honores son pocos ante tu presencia, príncipe -contestó ella, recobrando rápidamente su dominio.

* * *

-¡Cuán ciego estuve que no lo vi entonces! -exclamó Jairon, vuelto a la realidad en medio de su sueño-. ¡Neres y Airana, los dos traidores!

Los pensamientos se sucedieron atropelladamente desde entonces en la mente de Jairon. Por deseo expreso de su primer ministro, una delegación de técnicos se presentó ante él ofreciéndole como regalo de esponsales un nuevo modelo de aeronave de guerra, un aparato veloz y maniobrero que reunía, todos los adelantos de la ciencia y todas las enseñanzas en el arte de la destrucción.

-Pero... ¿nos queda algo todavía por conquistar, Neres? -había preguntado Jairon jocosamente.

-Así es, príncipe. Olvidas que entre los planetas que forman tu imperio hay uno en donde jamás pudimos poner nuestras plantas de una manera estable, so pena de consumar su destrucción completa, y ese planeta es Keres, el más atrasado y salvaje de cuantos conocemos, poblado por seres que semejan bestias, por demonios verdes que no han sido reducidos jamás ni de grado ni por fuerza.

-No lo he olvidado. Neres, como tampoco olvido que ese astro es un mundo en formación, una visión actual de lo que fue Saar en tiempos

remotos. Deja que Keres alcance por sí mismo un progreso que ahora no es capaz de asimilar, y llegará un día en que sus propios pobladores nos ofrezcan sus embajadas de paz y amistad.

Encabezada por un grupo de fuerzas acorazadas, la comitiva recorrió la pista que conducía hacia la Base Aérea que guarnecía la ciudad. Jairon contemplaba el variado panorama de las quintas de recreo esparcidas sobre la llanura, de las rígidas y humeantes chimeneas de las centrales nucleares, la telaraña tejida por los cables eléctricos, de la actividad y la vida bullendo por todas partes.

-Presiento que hemos llegado a ser tan perfectos que nuestra misma perfección nos hastía -musitó.

Aparecieron las aeronaves. A la derecha de la ruta, alineadas ya sobre la pista de vuelos, había seis «discos voladores» de nuevo modelo, de brillante color rojo y con la insignia de Saar -un sol llameante sobre una montaña- pintada en sus costados. De soberbio aspecto y poderosa fuerza, las seis aeronaves representaban en sí toda la pujanza de un imperio y Jairon no pudo reprimir un gesto de complacencia ante su vista, se extasió en la visita de los distintos departamentos y secciones, tentó los mandos sentándose en el sillón de pilotaje... y no pudo reprimir el deseo de solicitar un vuelo de prueba.

-Tú mandas, Jairon -repuso Neres que actuaba de maestro de ceremonias.

La escuadrilla se elevó rauda, llevando a bordo a Jairon, a su prometida, a Neres y a un brillante grupo de oficiales de las fuerzas aéreas. Surcó los aires en perfecta formación, evolucionó velozmente sobre la capital... y tomó un rumbo determinado de antemano.

-¿Qué es esto? -preguntó Jairon.

-Vamos a Keres -le respondió su primer ministro-. La velocidad de nuestras aeronaves es tan grande que la enorme distancia que nos separa de él será recorrida en una fracción insignificante de tiempo.

-Te ordeno regresar. No veo la necesidad de emprender tan largo viaje en estos momentos

Pero el rostro de Neres no expresó esta vez su habitual gesto sumiso, antes bien se transfiguró con sádica alegría, poder creciente, odio largamente contenido. Su mutación fue tan notable que Jairon, levantándose, llevó la mano a su cinto sin parar mientes en que estaba desarmado.

-Todo estaba previsto, príncipe Jairon -silabeó gozoso el otro-. No estamos ahora en Saar y tu mandato ha terminado. Soy yo. Neres, quien da las órdenes, quien abandona su puesto secundario para subir por encima de tu real persona. ¿Lo entiendes? Durante largos años he soportado tus alegatos y asentido a tus opiniones en espera de este momento...

-¡Traidor maldito! -rugió el príncipe abalanzándose contra él y derribándole de un empellón.

Fue prestamente sujetado por los brazos de los sublevados y Neres se levantó mirándole con odio.

-Vamos a Keres, Jairon -repitió-. Te dejaré en ese planeta atrasado... y tú te encargarás de buscar sus embajadas de paz y amistad.

El muchacho casi ni le oyó, contemplando la figura de Airana que había asistido a la traición con semblante inmutable y frío.

-¿Qué vais a hacer con ella? -preguntó, resistiéndose a creer lo que estaba suponiendo.

Pero ella misma se anticipó a todas las respuestas al decir:

-Neres afirmó que todo estaba previsto... yo estoy al lado de los que ganan -terminó despiadada.

* * *

Al abrir los ojos, un nuevo día nacía sobre la tierra salvaje de Keres, el mismo planeta a quien otros seres habían bautizado con el nombre de «Nueva Tierra». Pero más que la tibia llamada del sol despertó a Jairon el tremor del suelo bajo unas recias pisadas... y los cabellos se le erizaron al contemplar la lenta aproximación de una bestia de gran tamaño, cortas patas, ojillos alargados abriéndose por debajo de un puntiagudo cuerno y fauces dentadas entre las cuales creyó percibir aún jirones de carne sangrante.

-Es un «yadeh»... -murmuró estremeciéndose.

La bestia se dirigía hacia el arroyuelo y aún no había visto a Jairon quien, a su vez, rodeó el promontorio de rocas y comenzó a correr en dirección opuesta a la de la fiera. Hubo de dar un rodeo para salvar el obstáculo infranqueable de una pared vertical, y hasta su olfato llegó el hedor nauseabundo de la muerte para encontrar poco después el sitio en donde el «yadeh» consumara su festín. Había entre las piedras un revoltijo de huesos medio descarnados, unos retazos de piel empapados de sangre... una lanza con el asta rota, una sandalia de cuero burdo y un hacha de piedra con el filo un tanto mellado por el ataque contra la fiera.

Jairon recogió esta última arma y enarbolándola continuó la ascensión tratando de poner entre él y la fiera la mayor distancia posible. Se deslizaron las horas, sintió acrecentarse la fatiga y el calor con el avance del día y, por fin, vio coronados sus esfuerzos al contemplar desde lo alto del monte el maravilloso espectáculo de una cascada desplomándose a sus pies y encajonando las aguas de un río entre las verticales paredes de una garganta. Estaba Jairon anticipándose las delicias de un baño en cualquier remanso de los muchos que se formaban en el valle cuando escuchó un grito, un grito que le pareció de mujer.

-¡Por Keno! -exclamó, agazapándose entre las rocas.

A gran distancia contempló la huidiza figura de un hombre que llevaba a cuestas un bulto pataleante del que salían intermitentes chillidos.

-¡Un hombre verde!... Y además...

Otras dos figuras galopaban en pos del fugitivo aunque era indudable que no lograrían darle alcance. Asombrado, Jairon constató su vestimenta dado que el sol se reflejaba en algo metálico produciendo cegadores destellos.

-Los hombres de Keres no conocen los metales -murmuró atónito-. ¿Cómo es posible?

El hombre verde había llegado al pie de uno de los cantiles y sin soltar su carga trepó increíblemente por la pared lisa, chasqueando a sus perseguidores que deliberaron brevemente. Uno permaneció al pie de las rocas mientras el otro retrocedía, y más curioso que asombrado, Jairon contempló las evoluciones del centinela que buscaba entre las piedras en dirección al río. Le perdió de vista y tornó a verle poco después llevando lo que, desde distancia, parecían unos palos con los que intentó a su vez la ascensión del cortado, pero casi inmediatamente volvió a verle retroceder mientras una lluvia de grandes piedras buscaba su cuerpo y la cumbre opuesta de la garganta se henchía con la presencia de hombres verdes gritando amenazadores.

-Comprendo -sonrió Jairon-. Una hembra de tribu rival ha sido raptada y sus parientes intentan el rescate. Mal lo pasará esa mujer a manos de los hombres verdes si no llegan a tiempo de salvarla.

Insensiblemente comenzó a descender en dirección al valle, ocultándose de la turba que podía verle desde enfrente. Había tomado su partido entre los contendientes e iba al encuentro del solitario centinela que debía estar protegiéndose contra la feroz lluvia de piedras que arrojaban los hombres verdes. Por fin se encontró junto a la orilla del río, más abajo de la cascada y frente a las ruinas de lo que parecía un antiguo poblado. Vadeó la débil corriente y llamó con voz fuerte y poderosa:

-¡Soy amigo y quiero ayudarte!

Pero su sorpresa no tuvo límites cuando llegó hasta él una voz que procedía de los cercanos matorrales y divisó el inequívoco brillo de un arma moderna entre las hierbas.

-¡Un paso más y te volaré la cabeza!

No entendió lo que le decían y supuso que sus voces tampoco habrían sido comprendidas, de forma que adoptó un gesto indudable; soltó el hacha y alzó las manos, con las palmas extendidas hacia adelante en el momento en que Janos Barlai salía de su escondite con los ojos desorbitados por el asombro, asombro compartido con Jairon que no daba crédito a la visión de un ser de piel blanca, vestida con un traje de laminillas metálicas y armado

con una reluciente pistola de contextura nuclear aunque de modelo distinto a las que él conociera en su imperio de Saar.

Janos, por su parte, constató rápidamente que la epidermis bronceada del desconocido recién llegado no guardaba relación con la de los demonios verdes que continuaban aullando sobre el acantilado, que los rasgos faciales y la reducida y práctica vestidura denotaban una educación muy superior a la de aquellos hombres-bestias... y abatió el arma entreabriendo sus labios en una sonrisa que fue compartida por el desconocido.

-Bien venido seas si eres amigo -dijo Janos.

-Trato de unirme a ti para luchar contra los hombres verdes -estaba diciendo Jairon.

Los dos idiomas resultaban igualmente extraños e incomprensibles, pero cuando el terrestre tendió su mano a Jairon de Saar, un fuerte y enérgico apretón selló el pacto de amistad entre dos auténticos desconocidos.

CAPÍTULO VI
El poblado

Anunciando su presencia con un grito de aviso, Gor apareció junto al recodo de la garganta, cargado con un fardo y seguido a corta distancia por la fatigada persona de Mihaly Barlai que también llevaba a las espaldas su parte de impedimenta. Les fue necesario retroceder hasta el río y meterse en él para salirse del alcance de los proyectiles que saludaron su presencia, y en medio de los aullidos furiosos de los hombres verdes llegaron hasta el refugio de Janos y Jairon haciendo atropelladas preguntas acerca de Katia.

-Esos salvajes cierran el único acceso practicable -repuso el muchacho.

-¿Quién es este hombre? -preguntó Mihaly señalando a Jairon.

-Lo ignoro, padre, pero estoy seguro de que es amigo -añadió al darse cuenta de que Gor le miraba con recelo-. Confieso mi asombro al verle aparecer; no entiendo sus palabras pero sí sus gestos y ademanes y no me cabe duda de que su presencia no guarda ninguna relación con los hombres verdes, antes bien diría que es uno de sus enemigos.

-Nos interesa ahora salvar a Katia -dijo apresuradamente Gor-. Ya habrá tiempo para interrogar debidamente a este otro salvaje.

-Liebig y las mujeres llegarán dentro de poco -anunció Mihaly-. Les retrasa el resto de la impedimenta.

-Estableceremos aquí nuestro campamento definitivo, padre -dijo Janos, mostrándoles a continuación sus descubrimientos y relatando la desconsoladora experiencia obtenida al pretender utilizar aquellos palos unidos por correas de cuero.

-Bien es verdad que no me dieron mucho tiempo -agregó- porque casi en seguida comenzaron a llover piedras en torno mío, pero estoy seguro de que el raptor de Katia utilizó este medio para escalar el cantil y el hecho de que los hombres verdes nos cierren el camino lo confirma.

-Confirma también que no hay otra ruta que conduzca a la cumbre -agregó Mihaly- aunque tampoco tenemos tiempo para buscarla.

-Podremos subir si alguien nos cubre abajo con la pistola-. Allá arriba debe haber casi un centenar de salvajes.

Los hombres verdes, convencidos de la inutilidad de sus lanzamientos o tal vez reservando sus proyectiles para mejor ocasión, habían interrumpido la lluvia de piedras pero se mantenían en apretada fila sobre la cumbre, agitando sus armas y lanzando a intervalos estremecedores aullidos. Un nuevo alboroto saludó la llegada de Liebig y las dos mujeres que bien pronto se reunieron con los demás junto a las ruinas del poblado, bajo las curiosas miradas de Jairon que eran compartidas por los recién llegados. El plan de ataque fue breve; Janos se dirigió hacia el hombre de Saar haciéndole una muda interrogación al mismo tiempo que le señalaba hacia

las filas de hombres verdes, y aquél contestó afirmativamente, tendiéndole la mano primero e inclinándose después para recoger su hacha de piedra.

-Cúbrenos, padre -pidió Janos-. Impide la lluvia de piedras, pero trata de no causar demasiada mortandad entre esos salvajes.

Saliendo de su refugio, los tres jóvenes avanzaron hacia el acantilado llevando consigo los recios palos. Un aullido feroz saludó su presencia y una gruesa piedra inició el descenso hacia el valle. Casi al mismo tiempo retumbó en el aire la poderosa detonación de la pistola atómica lanzando una de sus cargas contra el borde superior del cantil, y Janos constató que el desconocido no parecía asombrarse ante aquella demostración de fuerza, antes bien semejaba conocerla a juzgar por su sonrisa.

Allá arriba se alzó una espesa nube de humo en cuyo interior silbaban las piedras y volaba la tierra lanzada en todas direcciones. Un concierto de alaridos llegó hasta ellos y contemplaron el grotesco vuelo de algunos cuerpos que se desplomaban hasta el valle impulsados por la onda explosiva. Los atacantes dejaron pasar unos momentos, los necesarios para que se disipara en parte la nube radiactiva, y Janos alcanzó la base de la pared introduciendo en sus orificios los palos del primer par.

A partir de allí fue la necesidad lo que aguzó su ingenio y los tres hombres formaron en ocasiones una auténtica escala humana cuando se veían faltos de puntos de apoyo sobre la lisa pared. Janos, en cabeza, aprovechaba hábilmente el palo suelto del segundo par que Gor le pasaba desde abajo, y Jairon retiraba los escalones inferiores tan pronto como sus pies se asentaban en el solitario asidero superior. La ascensión fue larga y penosa hasta alcanzar los desconchados y salientes que la explosión construyera sobre las rocas y desde allí les fue más fácil izarse hasta el borde trepando por los bordes del cráter que el disparo abriera en el cantil pétreo. Con un suspiro de alivio se vieron los tres jóvenes sobre la meseta y...

Allá arriba había un caótico revoltijo de cuerpos destrozados, de piedras, de tierra y sangrientos regueros. Muertos o fugitivos, el grueso de los salvajes habían desaparecido y tan solo quedaban cinco hombres verdes con una expresión de espanto en sus rostros, expresión que se tornó en odio al ver aparecer a los tres muchachos.

-¡Cuidado, Gor!

El grito de aviso de Janos fue oportuno porque los cinco arrojando contra ellos sus lanzas, cargaron en tromba enarbolando hachas y cuchillos. Gor se inclinó para eludir un venablo y extendiendo su pierna en hábil zancadilla se abalanzó sobre el salvaje que acababa de derribar. Jairon, enarbolando su arma, atacó con decisión a los dos que venían contra él y Janos detuvo en el aire el hacha que descendía sobre su cabeza. El combate se encarnizó por momentos; las manos se aferraban sobre las escamas

metálicas de los trajes o sobre la grasienta piel de los hombres verdes, y fue Jairon el primero en conseguir una victoria que preludió la igualada de las fuerzas.

Se le vio alzar en vilo a un atacante después de rechazar al otro con una descomunal patada, atenazarle por la cintura con sus manos poderosas y lanzarle luego por el borde del cantil ante los ojos espantados de Mihaly Barlai, de Liebig y de las dos mujeres que, desde abajo, temían y se angustiaban por la desconocida suerte de los suyos. Janos, con un grito de triunfo, envainó en el pecho de su rival la dura hoja de un cuchillo que no por ser de piedra resultaba menos mortífero, y corrió después en auxilio de Gor que se debatía fieramente entre dos atacantes.

-¡Tres contra tres! -gritó el muchacho lanzándose a la pelea.

Tres contra dos, mejor dicho, porque Gor en aquellos instantes extendía las piernas para desembarazarse de un atacante mientras el otro continuaba inmóvil en el suelo. Cuando el joven se alzó tambaleante, arrancándose una punta de lanza que no había hecho sino embotarse en las escamas metálicas de su traje. De los dos supervivientes, uno se desplomaba bajo el fulmíneo hachazo de Jairon y el otro, abandonando armas y bagajes, giró sobre sus talones para emprender veloz fuga, dejando dueños del campo de batalla a los tres jóvenes, más o menos contusos y arañados pero en perfectas condiciones físicas.

Unos instantes bastaron para tranquilizar a los de abajo. Un breve conciliábulo señaló el inicio del avance y...

-Vamos -dijo el impaciente Gor-. Llevo dos pequeñas granadas que pienso aprovechar a la menor ocasión.

-Gracias, amigo -estaba diciendo Janos al hombre de Saar-. A partir de ahora puedes contarte entre los nuestros.

-Debemos marchar de prisa, extranjero -le estaba contestando Jairon- porque la mujer raptada corre grave peligro.

Ninguno entendió al otro, pero todos se pusieron en marcha después de equiparse convenientemente con las armas abandonadas por los vencidos. Parca en vegetación arbórea, la llanura se extendía uniforme y monótona hasta perderse de vista, sembrada de altas y apretadas hierbas que cubrían el suelo para hacerle tomar la imagen de un mar verde y ondulante. Allá al fondo, difuminadas por la bruma, se distinguían las siluetas oscuras de las montañas, pero ninguna señal había de poblado o de la presencia de aquellos salvajes. Caminaron en pos de las débiles huellas dejadas por el fugitivo, una trocha abierta entre las hierbas y que poco a poco se iba cerrando, y la siguieron sin descanso hasta que las sombras de la noche comenzaron a extenderse sobre «Nueva Tierra» con la rapidez característica de los ortos en aquel planeta.

Entonces hallaron la primera muestra del lugar que buscaban, al divisar

el resplandor rojizo que se elevaba a lo alto desde una distancia de unos mil metros.

-El poblado de los hombres verdes -dijo Gor-. Esa debe ser su hoguera.

Recorrieron la última distancia conducidos por el faro de aquellos reflejos. Muy cerca ya, a contraluz sobre ellos, divisaron la silueta de un centinela armado.

-Parece que se inclina -susurró Janos, oculto con los suyos entre las hierbas.

Bruscamente, el silencio de la noche se quebró con el retumbo sonoro y monótono de unos golpes acompasados que dieron origen a fuerte gritería. La excitación de los hombres verdes pareció extenderse hasta el centinela que descuidó su vigilancia en el momento más preciso y Gor pudo adelantarse velozmente y dominarle sin que su leve grito despertara alarma entre el estruendo nocturno.

Un impresionante espectáculo se divisaba desde arriba. La llanura terminaba con brusquedad para descender verticalmente formando una hoya profunda y de lisas paredes. En el fondo se había encendido una enorme hoguera en torno a la cual danzaban apretadas filas de salvajes mientras seguía resonando el excitante tam-tam que producía el tronco hueco de un árbol golpeado por robustas mazas. Cortada a pico en tres de sus partes -ya que tenía una forma aproximadamente cuadrangular- la hoya se abría por la cuarta para dar paso a las aguas de un río que ahora se enrojecía con los reflejos de la hoguera.

-¡Mirad allá! -rugió Janos señalando hacia el fondo.

A la fuerte luz reinante distinguieron perfectamente la figura de Katia, amarradas sus manos y vacilantes las piernas, llevada casi en vilo por dos hombres verdes que se dirigieron hacia la pared opuesta desde donde los tres jóvenes observaban la escena. Se dieron cuenta entonces de que los cantiles estaban taladrados por profusión de agujeros de gran tamaño, formando cavernas y cuevas en donde aquellos seres tenían sus viviendas.

-Otra vez las típicas escalas -murmuró Gor viendo como el terceto trepaba sobre la pared lisa antes de desaparecer en una de las grutas.

-Será mejor que aprovechemos su excitación de ahora para libertar a Katia -dijo Janos-. Trata de fijar un punto de referencia en la parte opuesta, para que podamos localizar la vertical de esa gruta.

-Me temo que sea imposible entre la oscuridad, pero de todas formas hemos de aventurarnos.

Tocaron en el hombro a Jairon que estaba tendido junto a ellos contemplando el fantástico escenario, y los tres se alejaron hacia la derecha, rodeando el amplio circo que se abría en la llanura. Su aproximación se hizo lenta cuando divisaron las siluetas de nuevos centinelas; era imposible eliminarlos a todos y tampoco les convenía que

un inesperado relevo encontrase más de un cadáver, de forma que trataron de eludirlos con movimientos cautelosos. Cuando calcularon que decían hallarse en el punto opuesto al de su primitiva aproximación reptaron entre las hierbas acercándose al borde de la escarpadura.

-Tan sólo hay una forma de averiguar dónde están los orificios de la escala -murmuró Janos- y es eliminando al centinela que los guarda.

Acertó en sus suposiciones; entre los reflejos purpúreos que salían de la hondonada les fue factible localizar al centinela que se paseaba arriba y abajo entre las hierbas. Janos se le acercó gateando y aprovechó el momento en que el hombre verde le daba la espalda para abalanzarse contra él. Pero en el último instante, tal vez a causa del rumor de las hierbas o porque el salvaje presintiese el ataque, el centinela se revolvió súbito cuando ya los brazos de Janos le aprisionaban con fuerza.

Un sordo gruñido brotó de aquella garganta, pero no lo bastante fuerte como para despertar la alarma. Janos sintió contra su costado el impacto de un arma y bendijo interiormente la metálica contextura de su traje que evitaba una herida tal vez mortal. Su brazo armado del cuchillo se abatió sobre la espalda del centinela, y el muchacho le estrechó con fuerza hasta que la flaccidez del otro cuerpo le demostró que había conseguido su propósito. El hombre verde rodó sobre la hierba y al terceto atacante le bastó seguir la pisoteada zona que marcaba el emplazamiento exacto de las aberturas.

-¡¡Aquí están!! -dijo Gor-. Confiemos que, excitados con su fiesta, no presten atención a las alturas.

Los dos palos del primer par se hundieron en los orificios y el grupo inició el descenso, colgado sobre los resplandores rojizos de la hoguera y los retumbos sonoros del tam-tam. Breves ojeadas hacia el fondo les permitían darse cuenta de que nada causaba aún alarma y de que tenían cada vez más cerca la estrecha repisa en donde se abría la abertura de la gruta.

Jadeante, doloridas las muñecas y los brazos por el esfuerzo, Janos fue el primero en hacer firme sobre la repisa rocosa y desde allí ayudó a sus compañeros que le seguían de cerca. Fue entonces cuando se escuchó un alarido viniendo de la altura, un grito poderoso que resonó por encima del estruendo de la fiesta y que tuvo la virtud de interrumpirla. Todos los rostros se volvieron hacia arriba cuando ya Janos y los dos compañeros se habían tendido de bruces sobre la repisa de la gruta preguntándose qué habría ocurrido; y la respuesta vino bajo la forma de un cuerpo que, despeñándose desde el borde del cantil fue a estrellarse contra el fondo rebotando primero a poca distancia de las rocas que servían de escondrijo a los tres atacantes.

-Tu centinela no estaba del todo muerto, Janos -reprochó Gor-. No lo

bastante como para conseguir sembrar la alarma.

La indecisión y extrañeza que se notaba entre los de abajo terminó de súbito y fueron los asaltantes quienes denunciaron su propio escondite al sentirse atacados por la espalda por lo que en principio les pareciera una auténtica legión de demonios. Una turba de cuerpos aulladores, de número difícil de precisar a causa de la oscuridad y de su impetuoso ataque, se había abalanzado contra los extraños embistiendo contra ellos sin más armas que uñas y dientes. Se defendieron distribuyendo a ciegas los golpes antes de caer en la cuenta de que sus atacantes de ahora no eran sino mujeres, hembras salvajes que dejaban sentir sobre ellos los feroces efectos de sus arañazos y mordiscos.

Luego les fue fácil dominar la situación, pero entonces ya estaba dada la alarma y localizado el enemigo que consiguiera introducirse en el poblado. Una terrible gritería iba marcando el ascenso de los hombres verdes; pronto habrían alcanzado la repisa de la gruta y...

-Trataremos de contenerlos -dijo Janos-. Busca tú a Katia en la cueva y ruega a Dios que no nos hayamos equivocado en la elección del sitio.

Una ventaja tenían para la defensa y es que los asaltantes se veían obligados a llegar de uno en uno hasta la repisa. El primero en aparecer fue prontamente volteado por Jairon quien no tuvo mas que empujarle con el regatón de su lanza, pero a poco los hombres verdes cambiaban de táctica y ascendía por todas las escalas hasta el borde del cantil para descolgarse después hasta la caverna y saltar sobre la pequeña plataforma. Janos y el hombre de Saar redoblaron sus esfuerzos para fortalecer la defensa.

-¡Gor! -llamó Janos-. ¡Necesitamos tu ayuda!

Las salvajes hembras que ahora estaban acurrucadas en un lado de la caverna, doloridas y gimientes a causa de los golpes recibidos, parecieron despertar de su letargo y se alzaron aullantes cuando Gor cruzó ante ellas... llevando de la mano a Katia que sollozaba quedamente. El muchacho la había encontrado en une habitación interior débilmente alumbrada por la lamparilla aceitosa que ardía en una hornacina abierta en la roca. Katia estaba tendida de bruces en el suelo, ligadas a la espalda sus muñecas y mostrando en sus brazos, hombros, cuello y rostro las huellas de golpes y cortes. Su traje estaba desgarrado en parte, brutalmente arrancadas las escamas metálicas que lo formaban...

-¿Quién lo hizo...? ¿Quién lo hizo? -rugió Gor, inclinándose sobre ella para cortar las ligaduras.

Katia no pudo responderle; sufrió un corto desvanecimiento y Gor la estrechó contra su pecho besándola en los cabellos. La muchacha se recuperó prontamente y rompió a llorar.

-¡Lo pagarán caro, Katia! -maldijo Gor tomándola de la mano para conducirla hacia la entrada de la gruta.

De un fuerte empujón apartó a la furia que se precipitaba contra él y el instintivo encogimiento temeroso de Katia le reveló a quienes debía sus crueles torturas.

-¡Bestias salvajes! -escupió con desprecio.

Un momentáneo respiro en el ataque permitió a Janos abrazar a su hermana.

-No temas, Katia -le dijo animoso-. Te sacaremos de aquí muy pronto.

Pero aquella promesa no dejó de ser solo una frase cuando Jairon gritó estentóreo advirtiendo la aproximación en masa de los hombres verdes. En caótico revoltijo se mezclaron atacantes y defensores sobre la exigua plataforma de la cueva. Gor extrajo una de las dos granadas que llevaba y aún convencido de la inutilidad de sus efectos ya que el grueso de los atacantes estaba ahora casi dentro de la caverna, la arrojó hacia el fondo después de preparar su estallido.

Instantes después rugía en el fondo la detonación despertando en las sombras una fugaz llamarada y conmoviendo las entrañas mismas de las rocas. La fuerte trepidación limpió de asaltantes las escalas, derribó racimos de cuerpos en trágicas volteretas; el humo y la potencia del explosivo sembraron el espanto entre los hombres verdes que nuevamente sentían sobre sus carnes los efectos terribles de unas armas desconocidas para ellos. Y se inició la desbandada entre gritos de triunfo de Janos y los suyos, las roncas maldiciones de venganza de Gor y las exclamaciones gozosas del mismo Jairon que se sentía al cabo de sus fuerzas después del combate.

-¡Hay que aprovechar el momento! -gritó Gor-. ¡Es nuestra ocasión para escapar de aquí!

Celéricamente rebuscaron en la gruta hasta encontrar lo que necesitaban; largas correas de cuero trenzado fueron amarradas a los leños de la escala y los tres hombres y la muchacha comenzaron a descender en medio del impresionante silencio.

-¡Iremos hacia el río! -había dicho Janos.

Era su única vía de escape dado que las alturas estaban tomadas, y se apresuraron cuanto pudieron mientras sentían arder sus manos con el roce de las ásperas cuerdas. Estaban ya muy cerca del suelo, fuertemente iluminados por los resplandores de la hoguera que seguía ardiendo en el centro cuando ocurrió lo inevitable. Un grueso peñasco, lanzado con furia, alcanzó a Gor que bajaba el último y le arrancó de la escala precipitándole a tierra. Con un grito de angustia, sus compañeros estuvieron prontamente a su lado comprendiendo al punto que todo estaba acabado para él. La piedra, golpeándole sobre la base del cráneo y un lado de la cara, había cumplido certeramente su misión.

-¡Gor...! ¡Hermano...! -sollozó Katia inclinándose sobre él.

Precedidos por su gritería, los hombres verdes atacaban de nuevo, viniendo del fondo de la hondonada, y por ello casi no se percibieron las últimas palabras del agonizante muchacho:

-Hermano... sólo hermano... Tal vez haya sido mejor así...

Apretó débilmente la mano de Katia y cerró los ojos para siempre, llevándose a la tumba el cariño que nunca confesó. Sólo Janos conocía aquel secreto, pero Janos tampoco hablaría.

Jairon de Saar reaccionó prontamente ante el espectáculo de aquella muerte que anonadaba a sus compañeros. Gritó enérgico, señalándoles el camino del río e inclinándose después arrancó del cinto de Gor la segunda granada.

-¡De prisa! -dijo más con el gesto que con la voz.

Janos y Katia le obedecieron cuando ya volaba la granada hacia las apretadas filas de los atacantes, y semejó ser la misma onda expansiva lo que les empujó con su fuerza haciéndoles recorrer prontamente la distancia mientras a sus espaldas se alzaba una espantosa carnicería que fulminaba a las últimas huestes de los hombres verdes

CAPÍTULO VII
La aeronave

Tendida sobre los troncos de la almadía, Katia Barlai dormía mientras Janos y Jairon hundían en el agua poco profunda sus largas pértigas. A sus espaldas, muy lejos ya, quedaba la trágica aldea de los hombres verdes; navegaban libres y sin amenazas después de haber elegido libremente entre las muchas embarcaciones similares amarradas en la orilla y nadie les molestó en los últimos momentos, cuando decidieron remontar la corriente con la remota esperanza de que aquel río fuese el mismo que pasaba a corta distancia de su campamento inicial.

Lucía un nuevo día sobre la superficie de Keres, el planeta salvaje, y la balsa se deslizaba blandamente sobre las quietas aguas, cruzando entre altos cantiles que descendían bruscamente para recubrirse de vegetación espesa que llegaba casi hasta la misma orilla para ofrecerles la profusa gama de sus verdes y el abigarrado conjunto de sus flores y sus pájaros.

En dos ocasiones creyó Janos percibir lejanas explosiones, y temiendo un nuevo ataque de los salvajes que pusiera en peligro las vidas de quienes dejaron en el campamento animó con su gesto a Jairon y los dos incrementaron sus esfuerzos hasta sentir que el sudor chorreaba por sus cuerpos bajo el sol implacable de «Nueva Tierra». Janos, fatigado, respiraba afanoso sintiendo el fresco alivio del agua cuando sus manos llegaban a la parte mojada de la pértiga, y Jairon henchía sus músculos en el rítmico movimiento, animándose con una modulada cancioncilla que tal vez le hacía recordar lejanos tiempos a juzgar por su sonrisa.

Bogaban en silencio, sumidos ambos en dispares pensamientos. En Janos estaba el recuerdo del desaparecido Gor, de su muerte y de su extraña actitud, observada por todos desde el momento en que entre sus manos apareció un arma que estaba destinada para la salvación del grupo.

-Obró de buena fe -murmuraba el muchacho- pero tal vez con su muerte ha expiado la parte de culpa que le correspondía en las de su padre y mi abuelo.

Jairon, por su parte, desgranaba las notas de aquella canción rememorando el tiempo de su niñez en que le placía navegar por los ríos y lagos de su lejana patria entonando aquel sonsonete de remeros, en los días de su juventud cuando llevó a sus ejércitos a la victoria, en su pasada grandeza, en el inesperado giro de su existencia...

A los dos les hizo reaccionar el mismo sonido que llegaba de lo alto, aumentando, creciendo, apoderándose del espacio. Y fue Jairon el primero en comprender de qué se trataba, cuando con una voz de aviso hundió con fuerza la pértiga para hacer girar a la almadía y arrimarla a la orilla buscando el cobijo de la vegetación. Katia despertó sobresaltada

mirándoles temerosa, y el hombre de Saar señaló hacia el cielo con brazo enérgico. Apareció sobre ellos; era un disco de brillante color rojo que se cernía a baja altura sobre la selva y las montañas, despacio dentro de su enorme velocidad y demostrando por sus errátiles movimientos que buscaba algo, que trataba de encontrar sobre la superficie del mundo perdido algún importante indicio. Su paso fue rápido y prontamente no quedó de la aeronave más huella que la línea blanca del escape de sus motores, una sucesión de copos condensados que se disgregaba lentamente en el espacio.

Jairon la miró con odio aquella nave de color rojo representaba a Neres, a Saar, a la mujer que debía compartir su destino. La misma insignia pintada en sus costados -perfectamente visibles desde el río- era un sarcasmo más que añadir a las humillaciones sufridas era la última burla de los traidores que a buen seguro intentaban convencerse de su muerte.

Mirando a Jairon y a Katia, tornó a señalar hacia el cielo diciendo:

-Taeme as Saar doleva (Aeronave que viene de Saar).

Repitió sus palabras hasta convencerse de que sus oyentes las comprendían, empujando mientras hacia el centro del río la almadía.

-Creo que llegaré a entenderlo, amigo -le contestó Janos- «Taeme» es la aeronave o es tu tierra de origen. O tal vez sea «doleva» el nombre genérico de esas máquinas. Todo se reduce a un poco de tiempo -agregó- y creo que de esto último vamos a estar bastante sobrados.

-Pregúntale cómo se llama -dijo Katia-. Todavía no salgo de mi asombro al veros acompañados por este hombre desconocido.

-Tampoco yo, hermana, cuando apareció ante mis ojos. Lo intentaré para complacerte.

Dirigió el índice de su diestra hacia el pecho, diciendo a Jairon:

-Yo, Janos; ella, Katia -y repitió el ademán en dirección a su hermana.

El hombre de Saar sonrió asintiendo con la cabeza en señal de haber comprendido, añadiendo a su vez:

-Im Jairon. Im Jairon, Saar seledi. (Yo Jairon, rey de Saar).

No pudo seguirse más la conversación y sí cambiar entre ellos amistosos gestos. Después hubieron de dedicar su atención al río, cuyas aguas comenzaban a presentar fuerte resistencia al avance de la almadía aumentando la intensidad de la corriente. Aparecían algunos rápidos de hirvientes espumas y agudas puntas rocosas emergían de las aguas amenazando la navegación.

-No hay más remedio que desembarcar -dijo Janos, limpiándose el sudor que le corría por la frente- Me arden las manos a fuerza de intentar lo imposible y está visto que no podremos avanzar más.

Consultado con un gesto, Jairon abundó en la opinión del muchacho y aunando sus esfuerzos dirigieron la balsa hacia la orilla, por el mismo lado

en donde debía quedar su campamento. Despeados y hambrientos tomaron nuevamente las primitivas armas que les servían de defensa y sin apartarse mucho de la linde del río, único guía que tenían en su camino, reanudaron el avance contra la corriente evitando las ramas bajas de los árboles y los nidos de maleza que les interceptaban el paso.

La relativa sensación de frescura que experimentaban al abrigo del bosque pareció reanimarles y Katia hizo una pregunta:

-¿Qué significado tendrá la presencia de esa moderna aeronave que por dos veces hemos contemplado?

-No lo sé con certeza, Katia -le contestó su hermano- pero recelo que tenga algo que ver con nuestro amigo Jairon. Tal vez él mismo podrá aclararnos este misterio más adelante.

-¿Y no cabe en lo posible que los moradores de este planeta se diferencien en su civilización, que algunos sean distintos a los hombres verdes que ya conocemos? -insistió la muchacha.

-Cabe en lo posible, pero de ser cierto esos seres más poderosos ejercerían su hegemonía sobre las razas inferiores y en tal caso no habría poblado ni aldea, incluyendo las de los hombres verdes, sin que faltara su representante o delegado, bien como gobernador absoluto o formando parte del consejo rector de cada tribu o agrupación. Recordando el salvajismo de los hombres verdes me resisto a creer que existan sobre «Nueva Tierra» seres más perfectos o adelantados que ellos -razonó acertadamente Janos poniendo punto final a la conversación.

Delante de ellos, Jairon abría la marcha caminando ensimismado, sumido en sus pensamientos que tenían por tema a Katia Barlai comparada instintivamente con otra mujer que allá en Saar habría consumado ya el último acto de su traición. Airana era hermosa, pero Katia Barlai no le iba en zaga en lo tocante a belleza; con la ventaja sobre aquélla de que en su rostro y en su proceder no podían suponerse sentimientos contrarios a la lealtad y a la nobleza. No necesitaba Jairon volver la cabeza para llenar su pensamiento con la imagen de la mujer que seguía sus pasos; la había tenido frente a él durante la travesía en la balsa, dormida, dejándole contemplar las puras líneas de su rostro, el revuelo ensortijado de sus cabellos áureos, la satinada piel que salía de los desgarrones de su traje, la perfecta conformación de su cuerpo. No importaban las huellas sangrientas de golpes y maltratos, y el hombre de Saar proclamaba sin trabas la hermosura de aquella mujer que, aunque solo fuera por contraste con la otra, había dejado honda huella en su corazón ávido de comprensión y de cariño. Pero al mismo tiempo, inseguro aún de sus propios sentimientos, vacilaba indeciso y sentía perdida su arrogancia y supremacía de otros tiempos en que sabía rendidas ante él todas las voluntades y concedidas de antemano sus peticiones. Si en Saar era rey, en Keres se apoderaba de él

una extraña timidez que no hacía sino acicatear su voluntad empujándola hacia el paso decisivo que él mismo intentaba marcarse.

Alzaba su brazo para apartar una rama espinosa cuando hasta él llegó un resoplido furioso alzándose por encima del fragor del agua y los mugidos de los rápidos. Supo en seguida de qué se trataba y se estremeció pensando en la pobre defensa con que contaban.

-¡A «yadeh»! -murmuró deteniéndose repentinamente.

A unos veinticinco metros de distancia, sobre el terreno casi despejado de la orilla, les cortaba el paso una bestia de gran tamaño, cortas y gruesas patas, duras placas protegiéndole el cuerpo y ojillos sanguinolentos abriéndose por debajo de un puntiagudo cuerno. La fiera tenía baja la cabeza, en actitud de embestir y lanzaba al viento sus resoplidos de cólera mientras su gruesa lengua bañaba las entreabiertas mandíbulas.

Katia lanzó un grito de terror, arrimándose a su hermano en demanda de protección, y su voz hizo arrancarse a la bestia mientras Jairon, aun a sabiendas de que era inútil, enarbolaba su hacha dispuesto a hacerle frente. Tembló la tierra con el galope del «yadeh»; Katia cerró los ojos... y entonces retumbó una detonación espantosamente fuerte viniendo de la espesura. Casi pudo verse cómo la fiera se disgregaba con el impacto, le envolvió una nube de humo blancuzco... y la fuerza expansiva derribó al terceto que ya se contaba como la presunta víctima del «yadeh».

-¡Eso se llama ser oportuno! -dijo una voz desde la espesura.

Y el gigantesco Liebig salió de entre los árboles empuñando todavía la pistola atómica que le sirviera para aniquilar a la fiera.

La muchacha pedía socorro, debatiéndose entre las ondas a las que fue lanzada por la explosión, y Jairon se zambulló rápido nadando hacia ella, alcanzándola, ayudándola a acercarse a la orilla. La tomó en brazos cuando sus pies hicieron firme sobre el lecho del río y caminó hasta donde Janos y Liebig estaban unidos por estrecho abrazo. La depositó en tierra mientras ella se desasía ruborizada y murmuró unas palabras de excusa por haberla, tal vez, estrechado con demasiada fuerza.

-¡Katia... pequeña!

-¡Tío Liebig, creí que nunca más volvería a veros! -sollozó ella abrazándose a su cuello.

Jairon se mantuvo discretamente alejado del grupo sin compartir sus manifestaciones de alegría.

-El campamento está cerca -dijo Liebig- pero, ¿y Gor?

-Luego contestaré a esa pregunta, tío Liebig -repuso Janos-. Vamos ahora al campamento.

* * *

Reunidos de nuevo, pasadas las efusiones de alegría de Lena y Mihaly

que veían sanos y salvos a sus hijos, sentados en torno a la improvisada mesa en donde los expedicionarios habían consumido su primera comida en mucho tiempo, la pregunta brotó esta vez de los labios de Mihaly Barlai:

-¿Qué ocurrió, Janos?

-Gor se quedó en la aldea de los hombres verdes. Una gruesa piedra le alcanzó en la cabeza, matándole casi en el acto. Debo decírselo a Noa, padre; ¿dónde está?

-Noa también ha muerto -repuso Lena conteniendo sus lágrimas-. Fue algo que todavía no podemos explicarnos.

-Después de vuestra partida -explicó Mihaly a un gesto del muchacho- los hombres verdes nos atacaron viniendo desde el río. Aparecieron de improviso y al principio se contentaron con merodear a distancia y establecer un círculo en torno a nuestro campamento.

Eran unos cincuenta acaso, pero más que suficientes para vencernos de no haber contado con armas apropiadas.

-Te comprendo, padre, y me horroriza pensar qué hubiéramos hecho sin esa pistola que Gor se llevó de la aeronave.

-Y yo celebro no haberle reprochado ese acto, Janos -confirmó Mihaly- aunque no oculto mi estado de ánimo en contra de él al comprobar la muerte del viejo Kale y de Rosen, entrañables amigos de toda la vida, compañeros de fuga en otros tiempos. Tal vez el disparo de la pistola nos hubiera dejado a todos con vida sobre la superficie de «Nueva Tierra», pero dudo que ninguno hubiese podido sobrevivir horas después de nuestra llegada a este salvaje planeta.

-Prosigue, papá -pidió Katia-. ¿Qué le ocurrió a Noa?

-Los hombres verdes iniciaron su ataque al ponerse el sol. Para entonces debieron convencerse de nuestra debilidad, y aunque estábamos decididos a emplear la pistola resultaba difícil hacerlo entre la oscuridad. Nos atrincheramos en el edificio grande y sus gruesos muros constituyeron la mejor defensa del grupo. Conseguimos nuevas armas, recogiendo las lanzas arrojadizas que nos lanzaron, algunas de las cuales entraron por la ventana del fondo.

-Estoy seguro de que esos hombres ven en la oscuridad -terció Liebig que se paseaba vigilante en torno al grupo- porque de otra forma no se concibe su certera puntería.

-De improviso, Noa se alzó del suelo lanzando un grito agudo. «¡Mi hijo ha muerto!» exclamó, y antes de que pudiéramos impedírselo saltó la barricada de la puerta lanzándose hacia los hombres verdes, llamándoles asesinos, chillando histérica y atrayéndoselos con sus voces.

-¿Cuándo ocurrió eso, padre? -preguntó Janos.

-Poco después de iniciarse la oscuridad; tal vez una hora más tarde. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque no fue falso el presentimiento de Noa; aproximadamente entonces intentábamos nosotros la fuga desde la aldea de los hombres verdes, y entonces fue cuando murió Gor.

-Resultó horrible -dijo Lena-. Desde aquí escuchamos sus gritos y sus carcajadas de loca. «¡Primero Rosen; después mi hijo!», decía. La gritería de los hombres verdes se hizo atronadora y...

-No sabemos cuando la mataron -finalizó Mihaly- pero no hubo más ataques hasta que se hizo de día. Entonces les barrimos con nuestros disparos. Allá, junto al río, están todavía sus restos despedazados, pasto de las fieras que llegaron atraídas por el olor de la sangre. Una y otra vez hemos explorado los alrededores en busca de Noa, sin hallar más que un jirón de su vestido entre los restos de los atacantes. Desde entonces hemos esperado vuestro regreso y tanto Liebig como yo hemos hecho descubiertas, rondando en círculos cada vez más abiertos. El que salía se llevaba la pistola, porque las bestias se habían hecho más audaces.

-Nos salvamos de perecer entre las fauces de una de ellas -dijo Janos-. Jamás me alegré tanto de ver a tío Liebig como hace unos instantes.

-Y eso ha sido todo. Nuevas amarguras que añadir a nuestras pasadas penalidades, y la incógnita de poder sobrevivir en un mundo de peligros y que pese a todo constituye nuestra única tabla de salvación. Perdónanos, amigo extranjero -agregó volviéndose hacia Jairon que había permanecido ausente mentalmente de todo aunque atento a la conversación- perdónanos esta aparente descortesía hacia ti, y espero que llegues a comprenderme y excusarnos.

-Se llama Jairon, papá -dijo Katia- y su ayuda fue siempre decisiva en mi rescate.

-Aunque así no fuera te había otorgado mi amistad -repuso Mihaly tendiendo la mano al hombre de Saar-. Sabiéndolo, posees también mi agradecimiento.

-Hay otra cosa de la que no has hablado, Mihaly -gruñó Liebig- y es de la aeronave que cruzó sobre nosotros para seguir río abajo a toda velocidad.

-También la vimos, tío Liebig -repuso Janos.

-A mí me despertó su ruido -añadió Katia-. Era grande, hermosa y muy potente.

-Esperad -agregó el muchacho-. Recuerdo que Jairon murmuró unas palabras al divisarla.

Y se volvió hacia el hombre de Saar preguntándole; al mismo tiempo que señalaba hacia el cielo, imitando con su mano el vuelo de un... de lo que fuese.

-¿Doleva?... ¿Saar?... ¿Taeme?...

A los dos primeras contestó negativamente Jairon antes de afirmar:

-«Taeme... A taeme»... (Aeronave... Una aeronave).

-¿Taeme Saar? -insistió Jairon.

-Da; a taeme Saar. (Sí; una aeronave de Saar).

-Creo que hemos hecho algunos progresos en la lengua de nuestro amigo Jairon -dijo Janos sonriendo satisfecho. Sabemos que «taeme» significa aeronave y que «Saar» es probablemente su país de origen. Será interesante profundizar en nuestros conocimientos de esa lengua, padre. Puede que redunde en beneficio de todos.

Y en efecto; a partir de entonces Jairon centró la atención de todos. El hombre de Saar parecía incansable respondiendo a las muchas preguntas que se le hacían y cada paso adelante, cada progreso mutuo que se conseguía era un estímulo más entre ellos. Pasó el tiempo insensiblemente durante aquellas prácticas y se hizo visible y patente el adelanto conseguido. La lengua de Saar era rica y fluida y Jairon un buen profesor. Alternaron sus enseñanzas con exploraciones y descubiertas, con reconocimientos y partidas de caza, con instrucción en el manejo de las nuevas y rústicas armas... y en esto último también resultó Jairon un notable maestro a cuyo lado llegaron a convertirse en rivales Janos, Katia y hasta los mismos Mihaly y Liebig pese a sus años y a su casi extinguida agilidad y fortaleza de antaño. Lanzas, hachas y más tarde arcos y flechas, construidas estas últimas con el abundante material descubierto en el cauce de un arroyo rico en cristales de lava, fueron en adelante los instrumentos ofensivos y defensivos más usuales, relegando a segundo término a la pistola atómica y a sus once cargas explosivas que sólo se utilizarían en caso de extrema necesidad y contra enemigos o bestias ante los cuales resultaran inútiles las otras.

Y al mismo tiempo que se progresaba en el mutuo conocimiento de los idiomas y en la destreza en el tiro y la esgrima, menudearon las ocasiones entre Jairon y Katia en que el hombre de Saar balbuceaba sus primeras palabras en demanda de amistad más íntima y en que la muchacha, con innata coquetería y femenil y aviesa habilidad, gratamente halagada e íntimamente interesada, fue calando hondo en el ánimo de aquel hombre que sentía renacer sus ilusiones y revivir sus esperanzas, agigantándose moralmente y volviendo a la vida gozoso y riente.

Cierto día... rebuscando entre el material y el equipo salvado por los expedicionarios, Jairon encontró algo que hizo brillar de alegría sus ojos. Los terrestres comprobaron con sorpresa que el hombre de Saar conocía a la perfección el manejo del pequeño transmisor hallado entre las cajas, que sabía comprobar su potencia, conocer la intensidad de su batería nuclear. Pero aquello sólo pudo utilizarlo mucho tiempo después, en una ocasión en que, sentado junto a Katia a la orilla del río y relatándole su historia, los días gloriosos de su mandato en Saar y la traición de Neres y de su prometida, el cielo tornó a llenarse con el atronador zumbido de la

aeronave y el bólido rojo apareció en la altura surcando el azul entre los chorros blanquecinos de sus escapes motrices. Una llamarada de cólera se encendió en el pecho de Jairon reavivando el odio que creía extinguido y que la visión de la aeronave enfurecía. Se alzó de un salto corriendo hacia el campamento para buscar la emisora. La aeronave describía un círculo a enorme distancia cuando Jairon manipuló en los mandos y dispuso el transmisor para lanzar su mensaje:

-Jairon, rey de Saar, habla a Neres desde la superficie del más salvaje planeta del imperio.

Le rodeaban todos, entendiendo perfectamente sus palabras a la sazón, atónitos ante la escena.

-Cambiad el rumbo a la izquierda si me escucháis o enviadme vuestra voz para que pueda conocer vuestra sorpresa.

Al influjo de aquella orden habían lanzado la vista al cielo... y se estremecieron al comprobar que la roja aeronave, alimentando el rugir de sus motores, viraba a la izquierda como respuesta y coleaba afanosa tratando de localizar el punto en donde nacía el haz de ondas.

-Estoy vivo, Neres -proseguía Jairon-. Lamento defraudarte y hacer inútiles tus vuelos de exploración para convencerte de mi desaparición. Estoy vivo y a tu merced ya que puedes aniquilarme desde el aire. Sin embargo, y pese a saberte un traidor, no te creo tan cobarde como para rechazar mi reto. Cerca de donde hablo hay un excelente campo de aterrizaje. Posa tu nave sobre este planeta y yo iré a tu encuentro, solo y desarmado, para librar contigo nuestra batalla personal.

-¡No lo hagas, Jairon! -gimió Katia con angustia.

La aeronave se dirigía directamente hacia ellos y pronto la tuvieron encima, inmóvil en lo alto y girando sobre sí misma.

-No estoy solo, Neres -proseguía Jairon-. Me acompañan amigos entrañables que nada tienen que ver con tus traidores manejos. Aunque sólo sea por no aparecer también como cobarde ante sus ojos, acata mi orden, baja y pelea limpiamente contra mí en el único acto noble de tu repugnante vida. Jairon de Saar ha lanzado su desafío. El poderoso Keno dará el triunfo a quien lo merezca.

CAPÍTULO VIII
La ruta de Saar

Jairon permaneció inmóvil, clavada su vista en la inmóvil aeronave, rodeado por el ávido grupo que comprendía la trascendencia de aquel momento supremo.

-Jairon de Saar -contestó una voz a través de la radio-. Vamos a posar nuestra nave sobre la llanura e iremos a tu encuentro.

Y el vehículo sideral derivó ligeramente de costado hasta situarse sobre el mar ondulante de hierba que se abría por encima del cantil que dominaba el campamento. Luego, lenta y majestuosamente, inició el descenso sin dejar de girar sobre sí mismo, levantando oleadas de polvo y tierra con el rebufo de sus escapes dirigidos hacia el suelo e inmovilizándose definitivamente a poca distancia del borde rocoso, de tal forma que desde abajo era visible la línea superior de su estructura. Unos minutos eternos mediaron hasta la aparición de una figura en lo alto del cantil, que retrocedió presurosa para tornar acompañada de otras dos y portando un voluminoso bulto que se transformó en magnífica escala compuesta por una red de hechura metálica a juzgar por sus reflejos brillantes. Los tres descendieron por ella con ágiles movimientos y avanzaron hacia el grupo que les esperaba. Liebig apretaba entre sus dedos la culata de su pistola atómica... pero dudó temeroso al contemplar la expresión nacida en el rostro de Jairon, en sus ojos desorbitados por la sorpresa, en su voz extrañamente ronca.

Ante ellos había tres hombres en todo semejantes a Jairon, cubiertos con unos arreos de corte militar y provistos de magníficas armas cuidadosamente enfundadas. Y el que parecía ser su jefe avanzó dos pasos hasta encararse con el hombre de Saar y le saludó emocionado diciendo:

-No todo son traidores en Saar, príncipe Jairon. Todavía tienes leales que esperan tu vuelta para devolverte tu trono y tu rango, para que encabeces sus huestes conduciéndolas a la victoria como supiste hacerlo en otros tiempos. Dispón de nuestros medios y nuestras vidas; estamos prontos a obedecerte, dando gracias al poderoso Keno que nos ha permitido encontrarte después de nuestros vuelos exploratorios. Vinimos a buscarte y te hemos encontrado. Yo, Akos, comandante de las fuerzas aéreas de Saar, te saludo.

Incapaces aún de reaccionar debidamente, los terrestres y el mismo Jairon escucharon las aclamaciones que llegaban desde lo alto del cantil. Quince, veinte hombres igualmente uniformados se alineaban arriba lanzando al viento sus voces de alegría y de triunfo, saludando a su jefe y soberano y haciéndole patentes sus muestras de adhesión.

-Debo estar soñando -murmuró Jairon con emoción.

Pero todos hubieron de rendirse a la evidencia de los hechos y afrontar una situación y unas palabras que -como dijera muy bien Jairon- eran incapaces de comprobar hasta el punto de establecer qué había de cierto o de traición en ellas.

-Debo creerte, comandante Akos, y al mismo tiempo me resisto a ello.

-Comprendo tu actitud, príncipe Jairon, y sé también que no hay ofensa en tus palabras -le contestó el oficial-. Por mi parte estoy dispuesto a entregarte mis armas y el mando de la nave y recibir la muerte de tus manos al menor síntoma de traición.

-No dudes que así lo haré -agregó Jairon colérico-. De Neres puedo esperar cualquier cosa, hasta incluso el fingimiento más pérfido -y se volvió hacia sus compañeros para decirles en idioma terrestre-. Creo en las palabras de este hombre y estoy dispuesto a acompañarle aunque me duela hacerlo y abandonaros. Os pediría que acompañaseis mi suerte, pero no tengo derecho a decidir sobre vuestras vidas.

-En otra ocasión hubo alguien entre nosotros que decidió sobre ellas -repuso Mihaly después de considerar brevemente la situación-. Estábamos condenados a perecer mientras cruzábamos el espacio con nuestra aeronave maldita y este planeta se interpuso en nuestra ruta con su esperanza de salvación. Los que me eligieron como jefe tienen derecho a expresar su opinión, pero les conozco y sé de antemano su respuesta. Vinimos a un mundo perdido tratando de rehacer nuestras vidas; tal vez nuestro destino no fuese éste sino alcanzar mayor gloria o meritoria muerte en otra parte del espacio.

En los rostros de sus compañeros vio la decisión que esperaba y, sonriendo con orgullo, se encaró a su vez con el oficial de Saar para decirle en su propio idioma:

-Jairon es uno más entre los nuestros e iremos a donde vaya él. Pobres son nuestras armas actuales, pero firme nuestra decisión de ayudarle. Su triunfo será el nuestro como también su suerte. No estará solo para vigilaros durante el vuelo hacia Saar.

Parpadeó atónito el otro al verse interpelado en su misma lengua, y las palabras de Jairon incrementaron su sorpresa.

-Mihaly, el hombre de la Tierra, me abruma con su oferta y le prometo por Keno que al llegar la victoria...

-Ninguna ambición nos lleva contigo, Jairon -cortó bruscamente Mihaly- y sí el deseo de pagar la deuda contraída contigo al salvar a Katia.

Jairon contempló a la muchacha y sonrió gozoso murmurando:

-Esa deuda ha sido pagada con creces por la misma Katia, porque fue ella quien, sin saberlo, rehizo mi vida y levantó la ilusión que creí desvanecida para siempre.

* * *

En un mudo adiós al planeta que les acogiera en sus momentos más desesperados, el grupo de supervivientes contemplaba la superficie de Keres o «Nueva Tierra» hundiéndose en las profundidades a medida que aumentaba la altura alcanzada por la aeronave. Un extraño hormiguillo sacudía sus cuerpos excitados por el vuelo rápido de los acontecimientos y acicateaba sus sensaciones al sospesar la nueva incógnita hacia la cual se dirigían.

Saar, meta definida de su viaje, estaba en todas las mentes, misteriosa y espléndida, magnífica y enigmática a un tiempo. De sus grandezas y adelantos tenían ante ellos la prueba fehaciente de aquella misma aeronave que les conducía y en la cual nada o casi nada les resultaba extraño de no ser la perfección y refinamiento en las armas de a bordo, en los instrumentos y útiles, en la abundancia de recursos ofensivos y defensivos, en los controles y mecanismos. Tanto Mihaly como Liebig y Janos se consideraban capaces de manejar todo aquello sin más enseñanzas que una pequeña explicación, maravillados ante el conjunto de perfecciones acumuladas allí dentro.

-Es un mundo diminuto pero completo -dijo Mihaly.

Un mundo de cinco metros de altura por sesenta de diámetro externo, auténtico «disco volador» de fantástica potencia y celérica velocidad, animado por motores de carga nuclear y dividido en estancias y compartimientos estancos profusamente sembrados de instrumentos y controles que no eran sino ramificaciones de la sala de mandos emplazada en el centro de la nave. Una tripulación de treinta hombres atendía a los distintos servicios, ayudados en su cometido por una serie de mecanismos electrónicos de un automatismo y una eficiencia auténticamente maravillosos.

El comandante Akos, orgulloso de su nave, mostró a los terrestres sus maravillas. Poco tiempo había mediado para que entre aquel oficial y los terrestres mediara la misma amistad que les unía a Jairon y para que se borraran recelos y sospechas de una posible traición, pese a que todas las armas portátiles estaban depositadas aún en la cámara de mandos bajo vigilancia permanente, por deseo expreso de los mismos tripulantes que les acompañaban en el vuelo hacia Saar.

-Nuestros lanza-rayos -les explicaba- tienen un alcance efectivo de veinte «horas», unos mil kilómetros según vuestro sistema de medidas, y son capaces de fundir la coraza más recia que se les oponga con tal de que su acción se concentre durante un breve plazo de tiempo.

-Su antídoto es, por tanto, la velocidad -dijo Mihaly.

-En efecto, pero este modelo de aeronave es nuevo y en todas las fuerzas aéreas de Saar no hay sino seis semejantes, dos de los cuales están en poder de nuestras fuerzas sublevadas contra Neres. Tenemos, además,

proyectiles autónomos dotados de alta velocidad y gran poder explosivo; contamos con instrumentos y aparatos productores de invisibles corazas protectoras contra las cuales se estrellan y anulan las armas enemigas...

Otras veces, reunidos todos en la cámara de mando, discutían las operaciones y las posibilidades de éxito sintiéndose animados por las palabras del comandante Akos:

-Prácticamente, la lucha estará centrada en torno al dominio de las cuatro aeronaves semejantes a las dos nuestras; conquistadas o destruidas, la victoria podrá ser alcanzada.

El tiempo no pesó esta vez sobre ellos mientras devoraban la distancia que les separaba de Saar. El relato de los acontecimientos desde el momento en que Jairon se vio desposeído del mando era- uno de los principales motivos.

-Neres informó acerca de tu desaparición y muerte sobre la superficie de Keres -relató Akos, convertido en personaje central de la historia-. Airana y los demás oficiales que os acompañaron en aquel vuelo corroboraron su relato.

-¿Cuál fue la causa de mi muerte? -preguntó curioso Jairon.

-Un «yadeh» acabó contigo cuando imprudentemente te alejaste de la aeronave ansioso por explorar los alrededores.

-En cierta ocasión así estuvo a punto de ocurrir -afirmó Jairon, recordando el momento en que regresaban de la aldea de los hombres verdes.

-Se proclamó un luto nacional; el pueblo sintió tu muerte, proclamada a través del imperio mediante los comunicados de Neres. Pero hubo algo que echó por tierra los planes del traidor, y fue la actitud de Airana que no supo extremar su fingimiento hasta el punto de convencer a las personas que más cerca tenía. Todos vimos en tu prometida una mujer digna de ti, Jairon, pero cuando comenzaron a circular rumores acerca de su conducta, de sus ambiciosos planes cerca de Neres, a cuyo lado presidiera todas las ceremonias... No es fácil explicar cómo comenzó todo, pero algunos oficiales comenzaron a reunirse en secreto y a conspirar contra un hombre de cuyo proceder no estaban satisfechos. Y no solamente fue entre el ejército sino también entre el pueblo donde comenzó a notarse la creciente desazón. Por último llegó una ocasión favorable; dictadas una serie de medidas para imponer su voluntad y asegurarse el poder, Neres pensó ponerlas en práctica distribuyendo a las seis aeronaves de la «Escuadrilla Real» sobre las zonas estratégicas de Saar al mismo tiempo que las tropas de tierra se reforzaban con adictos al usurpador. La nave que nos conduce y otra más fueron destinadas a la base de Arba cuando nosotros, sublevados en potencia, establecíamos ya los primeros acuerdos sellados por un juramento solemne: Convencernos por nosotros mismos de tu muerte,

Jairon, o luchar por ti hasta triunfar o morir.

«Mi aeronave cambió de rumbo durante el vuelo hacia Arba y siguió la ruta de Keres para venir a buscarte. Durante largos días exploramos el planeta tratando de encontrar un rastro, y desconfiábamos de hallarlo cuando nos llegó tu mensaje de desafío. Eso es todo, puesto que regresas con nosotros. Neres sabe que su situación es indecisa; sabe también que la base aérea de Arba no obedece sus órdenes y que en ella se concentran los descontentos, alertados por nuestro jubiloso mensaje. Solo aguardan tu llegada y tus órdenes para marchar sobre Saar... o morir contigo sobre el campo de batalla.

-Creo en tus palabras, comandante Akos -contestó Jairon- aunque un íntimo convencimiento me decidiera de antemano a aceptar tu proposición de regreso sin saber si había nobleza o traición en tu actitud. Tomad vuestras armas, amigos y aprestaros para el combate. Y en cuanto a vosotros -agregó, volviéndose hacia los terrestres que asistían a la conversación- de nuevo os dejo la elección entre mi suerte o continuar vuestro destino.

-Todos estamos confusos, Jairon -le interpeló Katia- y no precisamente a causa del desarrollo de los últimos acontecimientos. Para nosotros eras solamente Jairon, el amigo encontrado en Keres, pero ahora que te has convertido en soberano...

-Para todos vosotros, y especialmente para ti, Katia, seguiré siendo de por siempre el hombre de Keres y si en un día no lejano...

No terminó su frase, alejándose bruscamente. Momentos después Akos se le acercaba para decirle:

-He dado orden de que se describa un amplio círculo, alejándonos de Saar, para que nuestra llegada coincida con las sombras a fin de burlar la detección de las patrullas de vigilancia.

-Que los hombres ocupen sus puestos de combate, Akos -confirmó Jairon-. Podemos ser atacados en cualquier momento.

-Dispón de nosotros, Jairon -ofreció Mihaly.

-Estaréis conmigo en la central de tiro.

Se instalaron en la cámara emplazada debajo de la cabina de mando, comunicados con ella mediante radiovisores y presos de una febril excitación. Paulatinamente fueron llegando las indicaciones acerca de la velocidad y distancia, tiempo que mediaba hasta la llegada, cálculos de reducción antes de adentrarse en la atmósfera más densa de Saar... y por fin la voz de alarma a un tiempo temida y esperada.

-Unidades de Saar en vuelo de exploración -comunicó Akos a través del radiovisor-. Distancia 40.000; número, siete; a rumbo encontrado con el nuestro.

Se encontraban entonces a unos 140 kilómetros de altura sobre Saar,

atravesando las capas superiores de su atmósfera que se hacía más y más densa por momentos.

-Listos los aparatos de anti-detección -ordenó Jairon-. Listos los artilleros en sus puestos y atentos a mi voz de mando. Intentaremos eludir a esas naves si todavía no nos han detectado o combatiremos contra ellas en último extremo.

El disco volador redujo su marcha hasta inmovilizarse casi en el espacio. Luego comenzó a girar sobre sí mismo y se hundió fulmíneamente hacia Saar con una velocidad tal que sus efectos llegaron a sentirse sobre la naturaleza de sus tripulantes a quienes parecía que las planchas del piso desaparecían bajo sus plantas. Zumbaba a intervalos regulares el control de detección encendiendo en el tablero de instrumentos una serie de lucecillas. Las pantallas del radiovisor múltiple estaban conectadas con los distintos departamentos, y en cada una de ellas aparecía la imagen del jefe de puesto atento a las indicaciones del control supremo.

-Unidades de Saar en vuelo de exploración, eludidas sin riesgo -anunció el jefe de comunicaciones.

-Aeronave a nuevo rumbo. Atención, Akos: al llegar a una distancia convenida será enviado un mensaje a la base de Arba. Tan pronto como se reciba la respuesta nos dirigiremos allá.

Llegó a hacerse enervante y depresivo el zumbar del anti-detector, único sonido que predominaba sobre la aeronave ahora silenciosa, hasta que bruscamente se iluminó una pantalla televisora sobre el panel del control de tiro, mostrando a sus ocupantes la mancha oscura y movible de la superficie de Saar.

-Coraza artificial dispuesta. Artilleros listos.

-¡Conecto con la base de Arba! -anunció excitado Akos.

Y hasta ellos llegó el confuso murmullo del transmisor con su mensaje atropellado y rápido:

-...atacados por fuerzas de Neres... Ejército y fuerzas acorazadas... Unidades aéreas destrozan las instalaciones... Aeronave de «Escuadrilla Real» en lucha con los atacantes... ¡Estamos contigo, Jairon de Saar!

Por debajo de ellos, viniendo de la superficie, se encendió una luminaria rojiza trazando un rastro ígneo en la noche. Subió veloz para buscarles e hizo explosión a quinientos kilómetros de distancia la coraza protectora detuvo su impacto. La aeronave entera se estremeció con violencia, a tiempo que en el horizonte aparecían los resplandores sangrientos de una batalla librada á un tiempo en el aire y sobre el suelo.

-Anulado el proyectil enemigo -anunció la voz tranquila de Akos-. A la vista la base de Arba.

Trato de establecer contacto con .nuestra aeronave gemela.

-Ataque... -ordenó Jairon-. Ataque inmediato...

Y la rugiente aeronave se abalanzó como un ave de presa contra los partidarios de Neres, que redoblaban sus asaltos a la base de los sublevados.

EPÍLOGO

Identificándose previamente, una aeronave gemela a la mandada por Jairon había aparecido junto a ellos. Breves mensajes se cruzaron entre ambos aparatos, informando uno acerca del resultado de la batalla y ordenando el otro nuevas disposiciones para proseguirla. Se especificó una contraseña mutua, y ambas naves se lanzaron a la batalla que rugía a corta distancia.

El cielo estaba lleno de relámpagos, de feroces explosiones que disipaban brevemente las sombras permitiendo distinguir las fugaces siluetas de los contendientes. Aeronaves de todos los tipos se mezclaban en caótico revoltijo entrecruzando sus disparos; enjambres de proyectiles autónomos buscaban los blancos más tentadores y alcanzaban sus objetivos o eran destruidos por las contramedidas adversarias. De vez en cuando era un estallido formidable lo que anunciaba la destrucción de alguna de ellas, esparciendo en todas direcciones sus fragmentos candentes.

Jairon situó su nave en posición y se abalanzó desde unos 25.000 metros de altura sobre un grupo que avanzaba en subdirección. Uno tras otro vieron estrellarse inútilmente los proyectiles que les enviaron, y aunque su conmoción desvió ligeramente la puntería de los atacantes, se obtuvo un impacto directo que disgregó a la más avanzada.

A partir de entonces se perdió la noción del tiempo y se entrecruzaron los disparos, se sucedieron las maniobras, los fulmíneos aumentos de velocidad y los cambios de rumbo en busca de nuevos y favorables ángulos de tiro. De vez en cuando la radio les enviaba desde Arba su información de la batalla, dando cuenta de la aparición de nuevas formaciones acorazadas e informando acerca de su posición aproximada. De la dotación de Arba quedaban escasos aparatos, pero el personal de tierra resistía desesperadamente los ataques.

Grandes bolas de fuego comenzaron a caer de los aires, iluminando la noche y descubriendo las unidades acorazadas que estaban completando el cerco de Arba. Certeramente localizadas, contra ellas dirigió Jairon el tiro de sus proyectiles levantando cadenas de estallidos rugientes que abrían profundas brechas en las filas asaltantes... hasta que de súbito se percataron de que la oscuridad comenzaba a palidecer dando paso a los resplandores del nuevo día, disipando un tanto el horror del combate nocturno y mostrándoles a cambio el horrible escenario del campo de batalla, removido por brutales zarpazos, cuarteado y hendido, sembrado de restos y osamentas metálicas, yermo, estéril, aniquilado, muerto...

-Los grupos aéreos de Neres se retiran -anunció el jefe de comunicaciones-. Comunican de Arba que es posible su retorno, acompañados por las naves de la «Escuadrilla Real» que todavía no han

entrado en combate.

-Preparados para aterrizar -repuso Jairon-. Pasad aviso a la base de Arba.

Y entre las luces del amanecer el disco volador surcó la altura en línea oblicua descendente, dio una última pasada sobre las agrupaciones blindadas que habían sido contenidas en última instancia a unos ocho kilómetros del núcleo defensivo, y enfiló la destrozada pista disminuyendo rápidamente su velocidad, permaneciendo inmóvil unos segundos y lanzando hacia el suelo los escapes de sus motores auxiliares que le servían de freno de descenso. Una amplia trampilla circular se abrió en su vientre combado cuando la aeronave quedó definitivamente inmóvil y Jairon, el grupo de terrestres y la oficialidad descendieron los peldaños de la escala extensible.

Fue un momento de gran emoción para el hombre de Saar que nuevamente pisaba el suelo patrio, para los terrestres que contemplaban las huellas patentes de la batalla y para los mismos defensores que olvidando por unos instantes el combate acudían a saludar a su jefe prorrumpiendo en jubilosas aclamaciones. Entre ellos había oficiales y soldados del que fuera regimiento de la guardia personal de Jairon, científicos y técnicos de relevante mérito, hombres sencillos, en fin, que sintiendo espolearse su lealtad hacia el ausente habían tomado las armas para defender los derechos que estimaban justos.

-¡Jairon de Saar!... ¡Victoria!... ¡Victoria!... -se escuchaba entre las aclamaciones a las que correspondía Jairon con sus saludos emotivos.

El retumbo cercano de la batalla llamó a los hombres a sus puestos. Pasando entre los restos destrozados de las aeronaves que constituyeran la guarnición de la base, entre los reducidos grupos de defensores, entre los retorcidos escombros de edificios y cobertizos, se adelantó Jairon hasta el puesto de mando, para saludar a un oficial de edad madura y pelo gris que fuera el alma de la defensa.

-La base aérea de Arba, o al menos lo que resta de ella, continúa leal a Jairon de Saar -dijo aquel hombre, irguiéndose ante su jefe, añadiendo luego con militar sencillez y parquedad-: Contuvimos el ataque desde hace diecinueve horas con la esperanza de que llegases a tiempo para encabezar nuestro grupo de tropas.

-Te has hecho acreedor de mi eterna gratitud, coronel Reso, -contestó Jairon correspondiendo a su saludo- y sabré recompensar tu heroísmo tal y como se merece.

-Tan sólo he cumplido con mi deber de soldado, Jairon, y en ello cifro toda mi recompensa.

-¿Contamos con tropa para pasar al ataque?

-Todos los hombres útiles se unirán a ti en cuanto lo ordenes.

-Vamos pues; ha llegado el momento.

Katia Barlai le llamó angustiada cuando pasó frente a ella.

-¡Jairon!

Con ojos llorosos se le aproximó, balbuciendo unas palabras entrecortadas:

-Prométeme que no harás ninguna locura, Jairon... Jamás me consolaría ante tu pérdida.

-Permanece entre los tuyos, Katia, hasta que vuelva a buscarte.

Ella se refugió entre los bracos de Lena mientras Mihaly, Janos y Liebig avanzaban en pos del coronel Reso que se dirigía hacia la salida del reducto.

-Todos los hombres útiles se unirán a ti, Jairon -exclamó Janos con voz alegre-. Sólo pedimos armas y un puesto a tu lado en la lucha.

De nuevo a cielo abierto, Jairon pasó sus órdenes al comandante Akos:

-Las dos aeronaves nos darán cobertura aérea durante el ataque que a las agrupaciones blindadas. Vuestra misión será impedir la aproximación de cualquier aeronave, ayudados por las unidades de Arba que todavía están en disposición de elevarse.

En apretado grupo se dirigieron todos hacia la línea de fuego y sobre la marcha se les fueron incorporando oficiales y soldados acarreando unos armamento, ayudando otros a transportar los lanza-proyectiles todavía útiles, engrosando todos la aguerrida columna que iba a reforzar la primera línea para terminar la prolongada defensa. El atronador rugido de las aeronaves llenó los aires acallando el fragor de la batalla y violentas ráfagas de aire desplazado por los escapes azotaron todos los rostros. Hasta un total de cinco naves se elevaron con breves intervalos entre ellas y se desplegaron en línea, poderosas y amenazantes.

A lo lejos, perfectamente visible, apareció una solitaria aeronave de Neres, agrandándose por momentos, avanzando velozmente hasta situarse por encima de las agrupaciones blindadas que, lenta pero inexorablemente, iban arrollando las defensas y progresando en dirección al centro del campo atrincherado de Arba. La escuadrilla de Jairon cargó contra el enemigo, pero los grupos que cubrían la tierra se miraron con asombro cuando repentinamente cesaron las explosiones y se interrumpió la lluvia de proyectiles. Alzando la vista al cielo vieron romperse bruscamente la formación de sus naves que inmediatamente comenzaron a describir círculos sobre los tanques inmóviles.

-Mira allá, Jairon -dijo el coronel Reso, señalando el caparazón rugoso de un blindado que avanzaba despacio hacia ellos llevando sobre su lomo metálico la figura desarmada de un hombre.

-Espero que no se trate de una intimación para deponer las armas. ¡Poneos a cubierto! -ordenó rápido.

El tanque se vio prestamente rodeado por un círculo de hombres que lanzaban al viento sus gritos de júbilo, grupos rápidamente engrosados por los mismos que hasta entonces fueran enemigos y que abandonando sus blindados corrieron en pos del único vehículo que conservaba su movilidad.

Fue un oficial, maltrecho y despeado, el primero en llegar hasta Jairon para darle la noticia:

-La rebelión ha estallado en la misma capital del Imperio. Saar arde en lucha contra Neres y el usurpador ha abandonado el país.

El emisario encaramado sobre el tanque se encargó de confirmar la noticia:

-Utilizando las cuatro aeronaves que le restaban en la «Escuadrilla Real», Neres ha abandonado Saar en unión de los jefes que secundaran sus planes. Mis tropas han hecho prisioneros a los oficiales adictos a Neres y depuesto las armas en tu favor.

Fue un final imprevisto y rápido que terminaba con una lucha fratricida y cruenta. La bandera de Jairon, alzándose sobre Saar, extendía sus pliegues al viento llevando a todos los ámbitos las auras de victoria y de paz.

* * *

-Me siento un tanto decepcionado -decía Jairon cuando se reunieron en el puesto de mando de Arba momentos antes de emprender la marcha sobre la capital- si considero mis impulsos bélicos y mi avidez de lucha antes de mi arribada a Saar, pero os doy las gracias a todos cuantos pusisteis vuestros esfuerzos para luchar por una causa justa, a todos los que ofrendaron su vida en la batalla; vuestro sacrificio me señala el camino a seguir en el futuro, y esta ha sido la última batalla que se libra en Saar of uera de su imperio.

Afuera, junto a las ordenadas columnas de tanques que aguardaban la orden de marcha, se recrudecieron las aclamaciones al aparecer el grupo.

-¡Jairon de Saar!... ¡Victoria!...

Tan solo un instante se detuvo Jairon frente a la sonriente Katia Barlai y dando suelta a sus sentimientos la tomó por los hombros hasta casi elevarla del suelo diciéndole:

-He vuelto a buscarte, mujer, y espero tan sólo que digas una sola palabra para convertirte en la primera dama de Saar.

La respuesta se adivinaba en los ojos de Katia, y Jairon la estrechó contra su pecho mientras Mihaly, tomando las manos de su esposa y sintiendo cerca a Janos y al fiel Liebig exclamaba:

-¡He aquí nuestro mundo perdido!... ¡He aquí nuestra futura patria!...

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—**El planeta misterioso,** *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*

39.—La nueva patria, *Larry Winters.*

40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*

41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*

42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*

43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*

44.—Motín en Valera, *George H. White.*

45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*

46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*

47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*

48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*

49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*

50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*

51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*

52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*

53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*

54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*

55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*

56.—El Atom S-2, *George H. White.*

57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*

58.—La bestia capitula, *George H. White.*

59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*

60.—Extraño Visitante, *George H. White.*

61.—Más allá del Sol, *George H. White.*

62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*

63.—Entropía, *Profesor Hasley.*

64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*

65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*

66.—Raza diabólica, *George H. White.*

67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*

68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*

69.—Llegó de lejos, *George H. White*

70—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*

71.—Heredo un mundo, *George H. White.*

72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*

73.—La legión del Espacio, *George H. White.*

74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*

75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*

76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*

77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*

78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*

79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*

80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*

81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*

82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*

83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*

84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*

85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*

86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*

87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*

Nadie hubiera creído al profesor Burton. El mismo dudaba, a veces, de que fuera cierto lo que habían visto sus ojos. Pero la brutalidad, realizada radicalmente, se imponía: Chicago era bombardeado sin piedad; las bases atómicas, destruídas.

El terror cundía por la Tierra, y el hombre que ordenaba aquellos actos ¡había vivido 2.000 años antes!

LA SINFONIA COSMICA

La nueva novela del

PROFESOR H A S L E Y

que la EDITORIAL VALENCIANA lanza en su colección

Luchadores del Espacio

es uno de los relatos más alucinantes del género. Jamás se logró una tal sensación de realismo.

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

Para el mejor conocimiento de estos personajes, remitimos al lector a la obra «Despertar en la Tierra», publicada en esta misma colección, y de la que viene a ser un corto resumen el anterior preámbulo.